

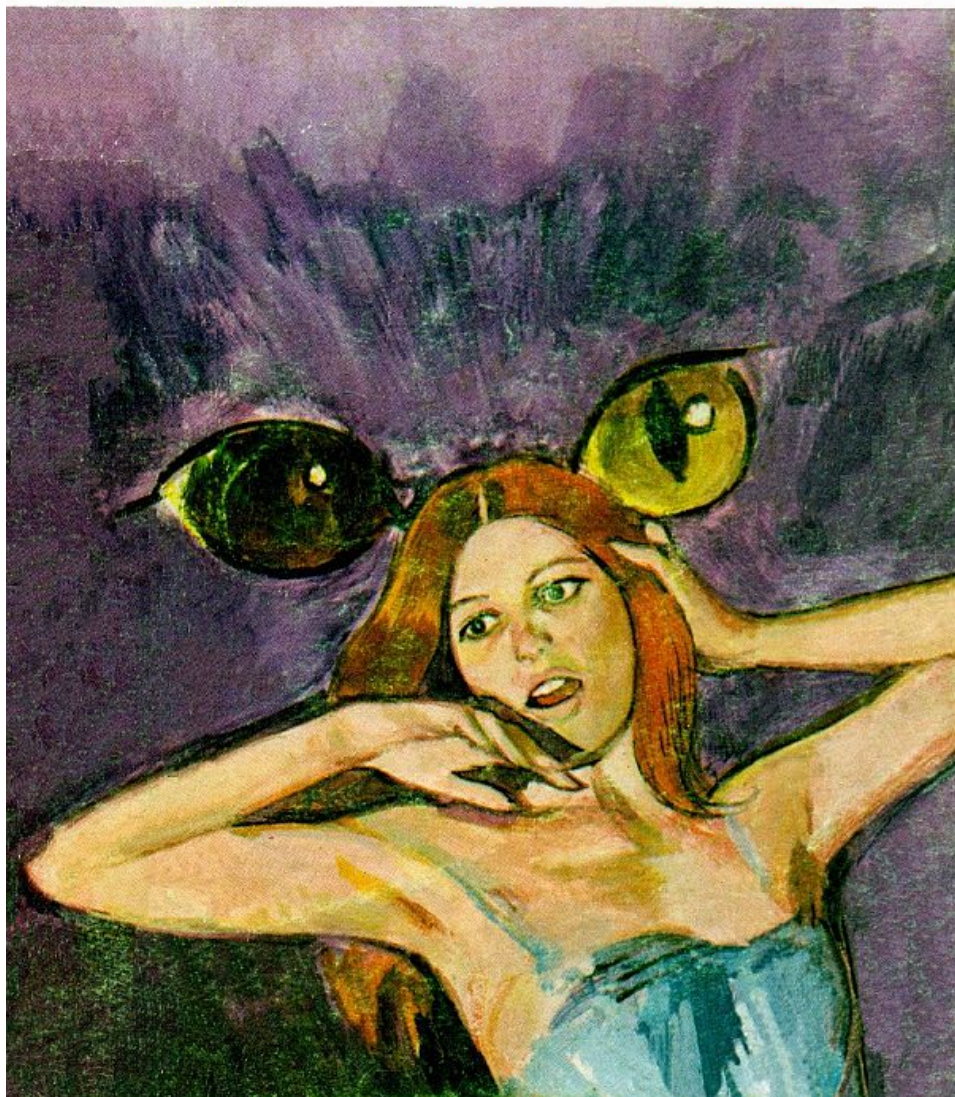
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ojos de gata

KEITH LUGER



—Por favor, señorita Turner, he de ver al señor Gorman —dijo Kitty Sader a la mujer que se hallaba tras la mesa, una secretaria que parecía encarnar toda la eficiencia del mundo.

La señorita Turner, rubia platino, sumergido su busto en un grueso jersey, rojo como la sangre, levantó la nariz de los papeles que consultaba.

—Lo siento, señorita Sader, pero ya le he dicho que el señor Gorman está muy ocupado y no puede recibirla.

—Lo mismo me dijo la semana pasada.

—Quizá el martes próximo...

Publicado por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 98, en el año 1964.



Keith Luger

Ojos de gata

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1358

ePub r1.0

Lds 06.10.18

Título original: *Ojos de gata*

Keith Luger, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Por favor, señorita Turner, he de ver al señor Gorman —dijo Kitty Sader a la mujer que se hallaba tras la mesa, una secretaria que parecía encarnar toda la eficiencia del mundo.

La señorita Turner, rubia platino, sumergido su busto en un grueso jersey, rojo como la sangre, levantó la nariz de los papeles que consultaba.

—Lo siento, señorita Sader, pero ya le he dicho que el señor Gorman está muy ocupado y no puede recibirla.

—Lo mismo me dijo la semana pasada.

—Quizá el martes próximo...

—Eso también lo oí la primera vez que llegué aquí y lo he seguido escuchando.

—Disculpe, señorita Sader, pero entretiene mi trabajo.

De pronto, sonó el timbre del teléfono y la rubia platino alcanzó uno de los cuatro receptores que tenía sobre la mesa.

—¿Sí, señor Gorman?

Escuchó durante un rato y de pronto desvió los ojos hacia la joven que estaba al otro lado.

Kitty Sader había cumplido la última primavera los veintitrés años y era esbelta, de cabello rojizo, ojos verdes, nariz un poco respingona y labios gruesos.

—De acuerdo, señor Gorman —dijo la señorita Turner por el micro—. Tomo nota. Me daré toda la prisa que pueda, señor. Tenemos cuatro o cinco candidatas para ese puesto... Me pondré al habla con ellas... No se preocupe, señor Gorman, cualquiera de ellas aceptará muy gustosa el papel.

La rubia platino colgó y a continuación extrajo un cuaderno alfabético. Lo abrió por la H y empezó a pasar el dedo por una larga

fila de nombres que tenían su correspondiente dirección.

Kitty Sader tosió suavemente.

—Señorita Turner, ¿de qué papel se trata?

—Usted no sirve.

—¿Cómo lo sabe?

—Señorita Sader, hace diez años que el señor Gorman me empleó como secretaria en este negocio. Gorman es el mejor agente artístico de la ciudad, aunque mucha gente no lo sabe, y yo aprendí con él todo lo que sé. No quiero subestimar sus condiciones como actriz, pero usted no da el tipo para Julieta.

—*¡Romeo y Julieta!* —exclamó Kitty.

—Sí, pero olvídelo.

—¿Por qué he de olvidarlo?

—Usted estaría muy bien en el papel de Eliza Doolittle de *My fair lady*. Da el tipo. Tiene un aire picante, y si me lo permite decirlo, de los barrios bajos londinenses.

—Eh, oiga, me compré este traje sastre en la Quinta Avenida y me costó todos mis ahorros, treinta y tres dólares con cincuenta.

—Oh, sí, usted podría llevar un abrigo de visón y un collar de diamantes, pero seguiría siendo la chica que mejoró de fortuna gracias a un marido o un amante generoso.

Me está insultando.

Señorita Sader, si usted quiere trabajar en el teatro deberá aprender a comprender las verdades.

—Yo he hecho Julieta.

—¿Quizá en la obra *Tres asesinatos por noche*? Allí también hay una Julieta y aguanta el tipo hasta el tercer acto en que la despachan con cianuro.

—No tiene ninguna gracia su chiste, señorita Turner.

—Está bien, si quiere que le presente mis disculpas, ya están presentadas. Ahora, ¿quiere hacer el favor de dejarme trabajar? El señor Gorman necesita una Julieta para dentro de media hora.

La rubia platino siguió consultando su libro de notas.

Kitty Sader se mordió el labio inferior en un gesto furioso.

La señorita Turner descolgó el teléfono.

—Señorita Halliday, ésta es la oficina de Ernie Gorman, el agente artístico. Señorita Halliday, mi jefe tiene un papel para usted, Julieta... Oh, no, no se trata de *Tres asesinatos por noche*, sino

de *Romeo y Julieta*, de Shakespeare. ¿Que no puede? Oh, comprendo, ya la contrataron para esa gira de Buffalo. Le deseo mucha suerte, señorita Halliday.

La rubia platino colgó y se puso a consultar otra página del cuaderno, ahora por la letra F.

Kitty Sader dejó su bolso sobre la mesa, cruzó las manos sobre el pecho y miró al retrato de una *girl* con muy poca ropa que había en la pared de la izquierda. Entonces, con voz quebrada, dijo:

—«Sólo tu nombre es mi enemigo porque tú eres tú mismo, seas o no Montesco... ¿Qué es Montesco? No es ni mano, ni pie, ni brazo, ni rostro, ni parte alguna que pertenezca a un hombre... ¡Oh, sea otro tu nombre! ¿Qué hay en tu nombre? Lo que llamamos rosa exhalaría el mismo grato perfume con cualquier otra denominación... De igual modo Romeo, aunque Romeo no se llamara, conservaría sin este título las raras perfecciones que atesora... ¡Romeo, rechaza tu nombre, y a cambio de ese nombre, que no forma parte de ti, tóname a mí toda entera!».

Kitty pareció quedarse en trance, pero observó por el rabillo del ojo a la rubia platino.

La secretaria de Gorman la estaba mirando con la boca abierta. Finalmente, la rubia platino respiró profundamente y colgó de un golpe el teléfono en la horquilla.

—Está bien, muchacha, si lo hace así todo, es posible que pueda salir viva del teatro.

—Oh, qué amable es usted. ¿Tengo el papel?

—No sé nada de eso —dijo la llave al interfono—. ¿Señor Gorman?

—¿Sí, Vivian? —contestó una voz ronca.

—Tengo a la chica para el papel de Julieta.

—¿Cuánto tardará en llegar? —Ya está aquí.

—Infiernos, no me diga que la mandaron desde Cabo Cañaveral. Pero da lo mismo, hágala pasar inmediatamente.

La secretaria sonrió a Kitty.

—Tiene pase libre para visitar al ogro.

La joven observó la puerta tras la que se encontraba el agente artístico.

Allá voy.

Eh, olvida su bolso, muchacha.

Kitty tomó el bolso que le alargaba la eficiente secretaria y entró en el despacho de Gorman.

El agente artístico fumaba un largo veguero recostado en un sillón. Era un tipo obeso, de ojillos pequeños, rodeados de grasa. Midió de los pies a la cabeza a la joven, al entrar.

—Buenos días, señor Gorman. Soy Kitty Sader.

—¿Tiene experiencia?

—Desde luego.

—Teatral, me refiero.

—Oh, sí, a eso me refería yo también.

—¿Con quién trabajó?

—Me di a conocer en la compañía de Jimmy *Pecas* en el Gran Teatro de la Juventud de la Formación Dramática de Owa-Owa.

—¿Dónde está eso?

—¿No lo conoce?

Owa-Owa

es famoso por sus quesos. No los hacen mejores en el estado de Nebraska, y es posible que en toda la Unión... Justamente, esta semana me mandó mi tío Nick una porción de quesos. Le traeré uno.

—Oh, no, gracias, señorita... No tiene que molestarse.

—Pero si no es molestia.

—No me gustan los quesos, ni siquiera los fabricados en Owa-Owa.

—Usted se lo pierde, señor Gorman.

—Me lo pierdo. Volvamos a su *experiencia*. —Había cierto retintín en la voz de Gorman—. ¿Qué hizo con Jimmy *Pecas*?

—Julieta.

—¿Julieta y qué más?

—Cleopatra.

—Otra obra de Shakespeare, ¿eh? *Marco Antonio y Cleopatra*.

—Oh, no. Esta Cleopatra la escribió el propio Jimmy *Pecas*, pero no se puede imaginar lo bien que quedó. Jimmy dice que los del cine le copiaron la obra y que va a demandarlos. Yo también estoy convencida de que se la copiaron... Vi el otro día el filme y es casi lo mismo. Cleopatra, Marco Antonio, Julio César, todo igual...

Gorman pegó un mordisco al puro.

—Está admitida.

—Eh, oiga... Puedo seguir diciéndole algo más de mi carrera.

—No hace falta. Con lo que dijo ya hay bastante... Ha de presentarse antes de una hora en el número 274 de la Novena Avenida. Una vez allí, pregunte por el señor Spencer Clifford. El la pondrá al corriente de su trabajo.

—Disculpe, señor Gorman. Sólo sé que voy a interpretar Julieta, pero ¿qué hay del sueldo?

—Es cuestión del señor Clifford. Espero que ustedes se pongan de acuerdo. Pero si no fuese así, él me lo comunicaría inmediatamente. De todas formas, el señor Clifford la gratificará con diez dólares por haberse tomado la molestia. ¿Conformes?

—Sí, señor Gorman, pero yo quisiera...

¿El qué?

Hacer un trozo del papel de Julieta.

—¿Ante quién?

—Ante usted.

—No hace falta.

A pesar de todo, Kitty se puso las manos sobre el pecho.

—«Tú sabes que el velo de la noche cubre mi rostro. Si así no fuera, con un rubor virginal verías teñir mis mejillas por lo que me oíste pronunciar esta noche».

—Basta.

—¿No quiere que continúe?

—No. No quiero ver cómo se tiñen sus mejillas, señorita. Está así muy bonita.

—Gracias —sonrió Kitty—. En cuanto a su comisión...

—No se preocupe. La deducirá el señor Clifford de sus honorarios. Ande, márchese.

—Hubiese querido que me viese en el trozo del balcón.

—Otro día, señorita Sader, otro día —dijo Gorman, y se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo—. Adiós y buena suerte, señorita Sader.

La joven sonrió satisfecha.

—Lo dejaré en buen lugar, señor Gorman.

—Me gustará compartir el triunfo con Jimmy Pecas.

La joven hizo un saludo con la mano y salió.

Enseguida Clifford dio vuelta a la llave del interfono y dijo:

—Señorita Turner, tráigame un par de comprimidos para el dolor de cabeza, y, por favor, no vuelva a dejar entrar a nadie que haya interpretado el papel de Julieta.

—¿Se refiere a *Tres asesinatos por noche*?

—¡A *Romeo y Julieta*! ¡Y traiga los tres comprimidos!

CAPÍTULO II

El número 274 de la Novena Avenida era un edificio que debía contar probablemente con un siglo.

Se llegaba a la puerta subiendo una escalera de trece peldaños.

Kitty Sader apretó el timbre y del interior le llegó un carillón. Al menos, eso había sido modernizado.

Pero no lo había sido el mayordomo.

Kitty lo miró bien por si se trataba de alguna momia a la que acababan de quitar las vendas.

—¿Qué desea, señorita?

Eso acabó de demostrarle que se trataba de un ser vivo.

—Soy Kitty Sader y me envían de la agencia teatral Gorman. El señor Gorman recibo una petición del señor Clifford.

—Oh, sí —repuso el mayordomo, observando atentamente a la joven—. Pase, el señor Clifford la está esperando en la biblioteca.

Kitty siguió al mayordomo por un amplio vestíbulo.

Finalmente, el mayordomo se detuvo ante una pesada puerta y la abrió.

—Espere aquí.

El mayordomo desapareció en la estancia, pero invirtió muy poco tiempo en regresar.

—Puede entrar. El señor Clifford se ha dignado recibirla.

Kitty le dio las gracias y entró en un salón cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros. No había mucha luz porque los ventanales eran defendidos por cortinas. Sólo uno al fondo dejaba entrar los rayos del sol, y gracias a eso, pudo ver al hombre que se encontraba de pie ante una historiada mesa.

A Kitty le pareció un senador o uno de aquellos intelectuales cuyas fotografías había visto en el *Times*. Era alto y respiraba

educación. Estaba elegantemente vestido. No era un hombre guapo, pero tampoco se podía decir que resultase feo. Sus labios sonrieron a la joven.

—Adelante, señorita Sader.

La joven se dio cuenta de que se había detenido y emprendió otra vez la marcha.

—Antes de pasar al tema más importante, quisiera que me diese algunos datos, señorita Sader.

Desde luego, señor Clifford.

—¿Dónde nació?

—En

Owa-Owa,

Nebraska.

—No.

—Sí, señor Clifford. En

Owa-Owa.

—Una vez pasé por allí y recuerdo que probé un queso. Era exquisito.

—Ése es mi pueblo, señor Clifford.

—Vaya, es una sorpresa. No todo el mundo puede tener el honor de haber nacido en

Owa-Owa.

¿Casada?

—De ninguna manera —repuso ella, levantando la barbilla.

—¿Prometido?

—Tampoco.

—¿Tiene familia en Nueva York?

—Ninguna, señor Clifford. Sólo tengo a mi tío Nick, pero él se quedó en

Owa-Owa.

—Magnífico. Creo que podrá hacer bien el papel. —La observó con los ojos entornados—. Sí, creo que lo hará magníficamente.

—He representado nueve veces Julieta, señor Clifford, y me sé todo el papel de una tirada. ¿Quiere que le recite la escena del balcón?

—Oh, no, no hace falta.

Spencer Clifford empezó a andar alrededor de la joven, observándola atentamente, un dedo en el labio inferior.

—Creo que podré sacar partido de su figura, señorita Sader. No le falta ni le sobra nada. ¿Cuánto pesa?

—Cincuenta y ocho kilos. El año pasado llegué hasta los sesenta y dos, pero gracias a las píldoras del doctor Smith, pude rebajar el exceso.

—Ese doctor Smith sabe hacer bien las cosas.

—Es lo que digo yo. Seguro que en toda Nueva York no hay un médico que por dos dólares haga rebajar a una mujer cuatro kilos de peso.

—Por ese dinero puede estar segura de que no.

Clifford había terminado ya de trazar el círculo y se puso delante de la joven.

—Sí, Kitty, creo que usted podrá ser la esposa ideal.

—Es usted muy amable, señor Clifford, pero todavía no he pensado en el matrimonio. —¿No cree que ya va siendo hora de que lo haga?

—Disculpe, señor Clifford, pero hasta ahora no encontré al hombre que me enamoró.

—¿Qué tal le parezco yo?

La joven se puso a parpadear.

—Oh, usted... Usted es encantador, señor Clifford.

—Gracias. ¿Alguna cosa más, aparte de mi encanto?

—Es educado, correcto...

—¿La podría enamorar, señorita Sader?

Kitty sonrió.

—Señor Clifford, la verdad es que estoy hecha un lío, no comprendo.

—Lo comprenderá enseguida. Va a ser mi esposa.

—Oh.

—¿Sólo se le ocurre decir eso?

—¿Debo desmayarme?

—Se lo autorizo, y de esa forma podré tenerla en mis brazos.

La joven retrocedió un paso. En un momento sus ojos se pusieron a brillar intensamente, con furia.

—Creo que ya lo voy entendiendo todo... Sí, usted es uno de esos viejos verdes que sólo piensan en las jovencitas. Tiene posición y dinero y ha dado con una forma muy buena para encontrar pareja. Llama a las agencias teatrales y viene una Julieta. Pero no es

una Julieta lo que usted necesita, sino otra cosa. —Vaya, me descubrió, aunque sólo a medias.

—¿Sabe lo que le digo, señor Clifford?

—¿Sí?

—Búsquese a otra. Yo no soy de esa clase de mujeres.

La joven echó a andar hacia la puerta.

—Espere un momento, señorita Sader.

La joven se detuvo y giró bruscamente.

—Oh, sí, ya lo olvidaba. El señor Gorman habló de que me pagaría diez dólares si usted y yo no llegábamos a un acuerdo.

Spencer Clifford se dirigió hacia la mesa, abrió un cajón del que extrajo un papel y con él en la diestra se dirigió hacia la joven.

Kitty lo leyó y se vio en la necesidad de tragar saliva.

—¿Cinco mil dólares?

—Exacto. Es justo lo que va a ganar por su trabajo.

Kitty miró al hombre que le sonreía y de pronto alargó el brazo en un gesto melodramático.

—Aquí tiene su cheque, señor Clifford.

—¿No lo quiere?

—No. Mi pureza no se compra con dinero. Ni siquiera con un cinco seguido de cuatro ceros.

—Pues no espere que le agregue otro cero, señorita Sader.

—Me está insultando, señor Clifford.

—Le dije antes que iba a ser mi esposa. Ahora debo hacerle una aclaración. Usted será mi esposa de pega.

—Ya lo suponía, señor Clifford.

—Se trata de montar una comedia.

—También lo he imaginado, pero le repito que se equivoca, señor Clifford. No tuvo suerte al elegir hoy a la mujer que se doblaría a sus deseos.

—Ahora está hablando como una mala comedianta.

—¿Cómo se atreve?

—Es natural... Está muy excitada... Pero yo le daré algo para calmarla.

—¿El qué?

—*Whisky*.

—¿*Whisky*?

—Del mejor, señorita Sader. Tengo una buena bodega.

Clifford se dirigió hacia una bandeja donde había un frasco de cristal tallado. El *whisky*, a su través, tenía un color ambarino.

Clifford escanció en una alta copa y se volvió con ella hacia Kitty.

—Tome, beba.

—De ninguna manera.

—¿No le gusta?

—Sí, me gusta. Pero no beberé ese *whisky*.

—¿Por qué no?

—Pretende dormirme. Es un bebedizo. Ha echado unos polvos en ese *whisky* para que pierda el sentido. Luego, usted me trasladará a un diván.

—Perdone, aquí no hay ningún diván.

—La casa es muy grande, tiene habitaciones donde habrá un diván. Ahórreme seguir contando lo que usted haría entonces conmigo.

Spencer dio un suspiro.

—A su salud —dijo y bebió un largo trago de la copa.

La joven entornó los ojos, guardando silencio.

Clifford volvió a sonreír.

—Es usted una criatura maravillosa, Kitty.

—No me engatusará.

—Debo decirle que no la traje aquí por lo que usted cree. Se lo explicaré un poco más extensamente. Necesito que usted sea mi esposa para que mi abuelo Jonathan Clifford no me desherede.

—¿Qué nuevo cuento se ha inventado?

—No es ninguna fábula, Kitty, sino la pura verdad. Mi abuelo Jonathan Clifford está a punto de morir. Lo mismo puede durar un día que quince. Según los doctores, está en el último mes. Es posible que no haya oído hablar de los Clifford, pero debo decirle que somos una de las familias más antiguas del país. Un Clifford llegó entre los primeros a América y se apoderó del trozo más grande del pastel. El resultado fue que actualmente mi abuelo Jonathan Clifford es dueño de una fortuna valorada en doce millones de dólares. —Hizo una pausa—. ¿Beberá ahora?

—Sí.

—Gracias, Kitty, eso quiere decir que empiezo a inspirarle confianza.

—No mucha..., por ahora.

Clifford escanci6 en otra copa.

Los dos bebieron y luego Spencer pregunt6:

—¿Qu6 tal, Kitty?

—Aunque no entiendo mucho de *whisky*, me parece bueno, pero continúe con su historia, se6or Clifford.

—Verá... Somos muchos los herederos. Está la tía Norma que es la única hija del abuelo, una mujer seca, siempre malhumorada. Tengo también una buena colección de primos. El abuelo Jonathan, además de Norma, tuvo otros tres hijos: Louis, Lorena y Neville. Los tres murieron. Yo soy el único descendiente de Neville. ¿Se va haciendo cargo de la familia Clifford?

—Sí.

—Entonces, pasemos a los primos. El difunto Louis se casó, pero su mujer murió al dar a luz una hija, Alice. Mi prima Alice es encantadora como una serpiente a la que le tocan la flauta. O quizá haría mejor comparándola con una tigresa. La ambición siempre la ha cegado. Se casó con un tipo llamado Lawrence Green, un campeón de tenis, ya retirado, sin un centavo, y que jamás ha sabido lo que es trabajar. Prima Alice ha tratado por todos los medios de conseguir que el abuelo Jonathan le dejase una porción mayor que a todos los demás, pero el abuelo se mostró inflexible a ese respecto y Alice heredará una parte igual a la de todos. Ahora pasemos a los Grogan. Lorena Clifford, mi difunta tía, tuvo el capricho de casarse con un jugador profesional, James Grogan. De este matrimonio nacieron mis dos queridos primos. Hilda y Duke. Hilda Grogan es una existencialista. Usa gafas con montura de carey, pantalones varoniles, jerseys oscuros y canta en francés. Su pensamiento favorito es decir que el amor no es más que un accidente de tanta importancia como una sencilla *panne* en la carretera. Duke Grogan, su hermano, es aficionado a la morfina. Ahí tiene a la familia Clifford.

—Falta alguien.

—¿Quién?

—Usted.

—Ya me ha conocido.

—No. Sólo físicamente. Sé que puede ser simpático, que es correcto, pero preferiría conocer otras características.

—Tendrá el cuadro completo. Según dicen, soy un hombre mujeriego.

—Eso ya lo sabía.

—Me dejo ver con asiduidad en los clubs nocturnos y es rara la vez que lo hago con la misma mujer. Cambio de ellas como de traje, pero todas tienen un común denominador:

Son hermosas.

—Pero no se casó.

—No. Y ahora he de hacerlo. Mi abuelo me dio un plazo de tres días para casarme.

—Y usted cree que yo voy a ser su esposa.

—Sí. Nuestro compromiso durará el tiempo que mi abuelo tarde en expirar. Pueden ser unos cuantos días.

—¿Y hemos de vivir juntos...?

—Oh, no. Naturalmente, usted tendrá libertad para ir de un lado a otro. Sólo ha de dormir en esta casa por si el abuelo muriese de pronto. Pero, el resto del día, puede hacer lo que quiera. Se va por la mañana y regresa por la noche.

La joven dio unos pasos por la estancia.

—¿Cuándo ha de ser la boda?

—Hoy termina el plazo.

—¿Qué hizo durante los días anteriores?

—Naturalmente, buscar la mujer que debía ser mi esposa.

—¿Me va a decir que no la encontró?

—No.

—De acuerdo con sus costumbres debió encontrarse con una lista muy numerosa de candidatas.

—Sí, y probé con unas cuantas, pero desistí.

—¿Por qué?

—Fue absurdo. Con las cuatro que lo intenté se pusieron a hacerme el amor. No lo pude soportar.

—Y entonces decidió buscar una desconocida.

—Sí, Kitty. Así fue. Y estoy muy satisfecho porque di en el blanco a la primera.

—¿Quiere decir que no ha venido nadie antes que yo?

—Ninguna. Y le aseguro que le digo la verdad. ¿Qué ganaría con mentirle?

—No me fío de usted.

—¿Por qué no?

Va a engañar a su abuelo. Lo mismo me podría engañar a mí o a cualquier otra persona.

—Kitty, no quiero perder un millón y medio de dólares que me corresponden en la herencia.

—¿Qué es usted?

—¿Cómo?

—Pregunto cuál es su profesión.

Spencer se rascó la mejilla.

—Bueno, soy licenciado en Derecho.

—Así que, es abogado. ¿Por qué no se pone a defender criminales?

—Usted se refiere a que trabaje para ganarme el sustento.

—Exactamente.

—Es lo que pienso hacer.

—¿Cuándo?

—Cuando tenga el millón y medio.

—Tampoco lo creo.

—Bueno, hablemos de nuestro asunto. Está todo preparado. El juez Gilmore nos espera dentro de una hora para casarnos.

—Todavía no le he dicho que consiento en esta mascarada.

—Eh, Kitty, si teme por su virtud...

—Hay otras cosas además de eso.

—¿Qué, por ejemplo?

—El cheque. Es muy poco dinero.

—¿Eh?

—Usted va a ganar un millón y medio de dólares y a mí sólo me da un hueso.

En el rostro de Spencer había ahora un gesto de perplejidad. Bebió muy aprisa el *whisky* que contenía su copa.

—Eh, Kitty. No irá a pedirme la mitad, ¿eh?

—Creo que eso sería demasiado, pero se lo dejaré en veinticinco mil dólares.

—¿Veinti...? Oh, no, Kitty, eso no está bien. Recuerde, iba a hacer Julieta, una mujer toda poesía, toda espiritualidad.

—Pero no se trata ahora de representar a la amada de Romeo, sino de conseguir para usted un millón y medio de dólares.

Spencer cabeceó.

—Está bien, muchacha, tendrá los veinticinco mil. El importe del cheque es sólo un adelanto.

—Lo quiero todo ahora.

—Lo siento, pero apenas puedo regalarle quinientos dólares. Si cobra usted ese cheque, dejará exhausta mi cuenta corriente.

La joven permaneció pensativa unos instantes y al fin dijo:

—Está bien, le concederé un plazo para que pague los veinticinco mil dólares cuando haya heredado.

—Oh, sí.

—¿Cuándo nos divorciaremos?

Inmediatamente después que el abuelo haya muerto.

—Estoy pensando en una cosa. Suponga que el abuelo no se muere. A veces los doctores se equivocan.

Spencer sonrió.

—No hay ninguna duda a ese respecto, Kitty. El abuelo morirá.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque lo asiste el doctor más prestigioso del país, el doctor Holmes. Nunca se equivoca —titubeó unos instantes—. Bueno, a decir verdad se equivocó una vez. Dijo a un paciente que moriría en tres horas, hace cosa de dos años, y todavía está corriendo por esos campos. Pero debo aclararle que se trata de un caballo.

—¿Y quién no le dice que su abuelo tiene la resistencia de..., perdón, de un caballo?

—Diablos, Kitty, no diga eso; no lo diga.

—Suponga que no le caigo bien al abuelo.

—Jonathan no me dijo qué clase de mujer debería elegir. Sólo estableció que debía casarme y yo soy muy dueño de hacerlo con quien quiera.

—¿Cómo debo comportarme con su familia?

—Sea natural. Simplemente natural y procure sobrellevarlos. La más lastimada por mi matrimonio será mi prima Alice. Ya sabe, la ambiciosa, la que está casada con ese inútil, el ex campeón de tenis. Tiene siempre el veneno en la boca, listo para untarlo en sus flechas.

—Debo advertirle algo. Mi vestuario no está de acuerdo con la categoría de la familia de la que voy a formar parte...

—No se preocupe; en cuanto nos casemos visitaremos un par de almacenes de la Novena Avenida.

—¿Ha dicho de la Novena Avenida?

—Sí. —Spencer dio otra vuelta alrededor de la joven estudiándola minuciosamente—. Le hará falta un par de vestidos de noche, un abrigo de visón, algunas joyas... Estará muy bonita con una diadema de esmeraldas sobre su cabello rojizo.

—Pero dijo antes que sólo le quedaban quinientos dólares en la cuenta corriente.

—Un Clifford siempre tiene crédito en los establecimientos de la Novena Avenida. Cuando hayamos terminado de comprar, nos presentaremos en casa del abuelo donde será presentada a los Clifford.

—¿Quiere decir que están todos allí?

—Sí. Viven en la casa del abuelo.

—¿Por qué está usted aquí solo?

—Mi padre me dejó esta casa y he preferido vivir aquí siempre. Me gusta la independencia, la libertad de movimientos...

—Le comprendo; es aquí donde recibe a sus conquistas amorosas.

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre la mesa.

—Disculpe —dijo Spencer y descolgó el receptor—. ¿Sí...? Querida Jaqueline, qué satisfacción oír tu voz... Sí, te quiero mucho... No te olvido... Estoy loco por ti... Lo siento, nena, pero no puedo visitarte antes de las ocho... Imposible... Me caso a las seis... Hasta luego.

Colgó, sonriente, y se volvió hacia Kitty frotándose las manos.

¿Dónde nos quedamos?

—¿Eso va a hacer? ¿Irá con esa mujer, Jaqueline?

—Habrá tiempo suficiente. Una vez te haya presentado a mi familia, nos vendremos aquí, y desde ese instante cada uno de nosotros gozará de libertad, tal como quedó concertado antes.

—Suponga que lo ve alguien y que se lo dice al abuelo.

—Oh, no, no me verá nadie. Soy un hombre discreto cuando es necesario. Iré con Jaqueline a un restaurante de las afueras, un lugar que conoce poca gente... Es un nido maravilloso... Se cena a la luz de las velas y...

—No hace falta que continúe con los detalles, señor Clifford —la joven guardó el cheque en su bolso—. ¿Quiere darme otro *whisky*?

—Magnífico, ¿lo encontró bueno?

—No, no se trata de eso. Necesito entonarme un poco para no volverme atrás. Spencer se dio mucha prisa en servirle el *whisky*.

CAPÍTULO III

Un mayordomo alto, con patillas blancas, les abrió la puerta de la mansión de los Clifford en la Octava Avenida.

—Hola, Paul —le saludó Spencer—. ¿Está el abuelo en su habitación?

—Hoy no pudo bajar, señor Clifford. Está moribundo.

—Entonces, imagino que está toda la familia en casa.

—Sólo faltaba usted, señor Clifford.

—Ah, Paul, ésta es mi esposa.

El mayordomo se metió un dedo en el oído.

—Perdón, señor Clifford, pero ya sabe que no oigo bien por este lado.

—Oíste bien, Paul. Dije esposa. Su nombre es Katherine, pero le gusta que le llamen Kitty.

—¿Cómo está, Kitty, quise decir señora Clifford? —dijo Paul, asombrado.

—Muy bien, Paul —respondió Kitty, que estaba entretenida en mirar el vestíbulo y la larga escalera al fondo.

La joven estaba ahora muy elegante con un vestido negro y un collar de perlas alrededor del cuello.

—¿Con quién está el abuelo, Paul? —inquirió Spencer.

—Con la señorita Norma.

—Oh, pobre Norma... Debe estar sufriendo mucho —repuso Spencer con sarcasmo.

Se oyó una voz en lo alto de la escalera.

—Aquí me tienes, sobrino.

Kitty vio a una mujer de unos cuarenta y cinco años, seca, rostro grave, muy estirada.

—Querida tía —dijo Spencer y, tomando a Kitty por el brazo,

fueron los dos hacia la escalera. Subieron y al llegar arriba Spencer dijo sonriente—: ¿Cómo está el abuelo?

—Muy mal.

—Cuánto lo siento...

—No seas hipócrita, Spencer.

—Pero, tía Norma, ¿qué forma de hablar es ésa...? No es propio de un Clifford... Ah, te presento a mi mujer, Kitty.

Norma frunció el ceño.

—No es posible.

—Ya lo ves, Kitty, aquí todo el mundo se extraña de que yo me pueda casar.

Norma levantó la barbilla.

—Eso sólo lo puede hacer un ser humano.

—Eh, tía Norma, vas a atemorizar a la pobre Kitty. Va a creer que se casó con un pulpo o un rinoceronte...

—Creo que se casó con algo peor que todo eso. Pero, si es tu mujer, es una Clifford y yo le doy la bienvenida.

—Gracias, tía Norma —respondió Kitty con una sonrisa—. Eres muy amable.

—Ahora, con tu permiso —prosiguió Spencer—, vamos a ver al abuelo. Quiero presentarle a mi linda esposa.

—Está descansando ahora y el doctor dijo que se le dejase en paz.

—Lo siento, tía Norma; pero el abuelo se ha pasado diez años diciéndome que le gustaría mucho conocer a mi esposa.

Kitty y Spencer echaron a andar por el largo corredor, cubierto por una espesa alfombra.

Spencer abrió la segunda puerta que encontró en su camino penetrando en un amplio dormitorio donde había una cama con dosel. Sobre el lecho descansaba un anciano.

Una enfermera se levantó de una silla. Era una joven rubia, muy esbelta, de cuerpo sinuoso y cara picaresca.

—Caramba, no sabía que el abuelo estaba tan bien acompañado... Soy Spencer Clifford.

—Mi nombre es Stephanie y soy la nueva enfermera.

—¿Cómo no me dijeron nada...?

Kitty pegó con el codo a Spencer.

—Hemos venido a ver a tu abuelo, no a la enfermera.

—Oh, sí, disculpa, querida. Es mi esposa, ¿sabe?

Se acercaron a la cama.

—¿Puedo despertarlo, Stephanie? —dijo Spencer.

—No quiere saber nada de nadie. Se pasa el día durmiendo. Quise darle alimento hace un rato, pero me mandó exactamente al infierno.

—Seguro que el abuelo no la vio bien.

Spencer puso la mano en el hombro de Jonathan Clifford.

—Eh, abuelo, despierta; tengo una grata noticia que darte.

Jonathan Clifford se puso a parpadear. Tosió unas cuantas veces.

—¿Quién diablos...? —empezó a decir con voz cascada—. ¡Maldición, juro que me las va a pagar, sea quien fuere!

—Abuelo, soy yo, tu nieto favorito...

Jonathan terminó de abrir los ojos.

—Spencer, estaba durmiendo, ¿cómo te atreves?

—Abuelo, tienes una nueva nieta.

—Ya suponía que tus escarceos amorosos terminarían de mala manera... ¿Niño o niña?

—Abuelo, me estoy refiriendo a mi mujer, a la nueva señora Clifford.

—¿Eh?

—Me casé, abuelo, tal como tú querías.

—No puedo creerlo.

—Lo suponía, y traigo los documentos en regla... —Spencer sacó del bolsillo unos cuantos papeles que dejó en las manos de Jonathan Clifford.

—¡Mis gafas, enfermera! —bramó el abuelo.

La rubia Stephanie alargó unas gafas a Jonathan, el cual se las puso emitiendo gruñidos. Tras examinar los papeles, alzó la mirada.

—¿Dónde está ella?

—Aquí, señor Clifford —respondió la voz de Kitty.

La joven estaba detrás de Spencer, el cual dejó el sitio libre para que ella pudiera estar cerca del abuelo.

Jonathan examinó la cara de la joven.

—¿Qué has visto en este granuja para casarte con él?

—Me enamoré de Spencer.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de un mes.

—¿Cuál es tu profesión?

—Secretaria.

—¿Dónde conociste a Spencer?

—En una reunión, señor policía.

Jonathan rió cascadamente.

—Tienes tu genio, ¿eh?

—Un poco.

—Yo diría que mucho, y por eso serás una buena Clifford... Me gustas, muchacha, sí, señor. Te felicito, Spencer. Creo que es una buena chica y por eso no te la mereces.

—El destino quiso que fuese para mí, abuelo.

—Está bien, os alojaréis en el dormitorio azul.

—Lo siento, abuelo, pero ya conoces mis costumbres. Prefiero irme a casa.

—¡De ninguna manera! ¡Os quedaréis aquí!

—Kitty también quisiera...

—¿Es eso cierto, Kitty? ¿Quieres irte a tu casa rechazando la hospitalidad de tu abuelo?

—Nos quedaremos, abuelo.

—Gracias, hija mía. Me das una gran alegría.

Spencer se había quedado sorprendido al escuchar la respuesta de Kitty.

—Ahora ya podéis marcharos —dijo el abuelo—. Necesito dormir un poco... Ah, Spencer, celebro mucho que hayas aceptado mi ultimátum. Sólo así podrás continuar siendo mi heredero.

Spencer tomó los documentos de encima de la cama y los guardó en el bolsillo. —Kitty— dijo el abuelo—. Dame un beso.

—Sí, señor.

Kitty lo besó en la mejilla.

—Ten cuidado con él, muchacha. Siempre he dicho que Spencer era un potro al que había que desbravar y siento una gran satisfacción al pensar que te ocuparás tú del negocio.

—Gracias, abuelo. Haré todo lo posible por no defraudar sus esperanzas.

Spencer y Kitty salieron de la habitación.

—Te voy a rebanar el cuello, Kitty.

—¿Por qué, querido?

—Ya sabes por qué. Quería irme a casa. Estaba citado con

Jaqueline a las ocho...

—No te impido que vayas al encuentro de esa mujer.

—Eso daría lugar a sospechas. Me han cazado en la trampa con toda la familia y tendré que soportarlos.

—No podía negarme al deseo de tu abuelo. Me repetiste mil veces que debía representar bien mi papel y es lo que hice.

Siguieron andando por el corredor y, al fin, Spencer abrió una puerta.

Apenas entraron, Spencer cerró de golpe y se puso a pasear, nervioso.

La joven examinó la única cama que había en la habitación. Era muy grande, de matrimonio. A la derecha había una puerta. La abrió observando un cuarto de baño.

Espero que ahí te encuentres bien.

—¿Eh? —rezongó Spencer.

—Me refiero a tu cama.

Spencer cruzó la estancia rápidamente y asomó la cabeza.

—¿Quieres decir que voy a dormir en el baño?

—No te queda otro remedio.

—Ni lo pienses. No quiero atrapar una pulmonía. Ahora voy a heredar millón y medio de dólares.

De pronto, llamaron a la puerta y antes de que pudiesen decir nada entró en la habitación una mujer de unos treinta y cinco años, cabello negro, muy hermosa.

—Hola, Spencer.

—¿Cómo estás, prima Alice?

—Todavía no sé si duermo o estoy despierta. Tía Norma me acaba de decir que te casaste.

—Ya veo que mi matrimonio ha producido el efecto de una bomba.

Alice desvió los ojos hacia Kitty.

—De modo que tú eres Kitty, la esposa de mi primo Spencer...

—Sí, Alice.

—Físicamente resultas bien.

—Eres muy amable. Tú también eres muy atractiva, Alice.

—No creas que me vas a ganar con tus halagos.

—No pretendo tal cosa.

Alice dio unos pasos por la estancia y de pronto se echó a reír.

—Ya comprendo, Kitty, ¿cuánto te ofreció Spencer?

—¿Eh?

—Seamos sinceros. Él te habló de que Jonathan Clifford iba a morir y de que si no se casaba en un plazo de tres días, perdería su parte en la herencia. Eso fue un arreglo entre ellos. Niégalo, Kitty.

—Lo niego.

—Tienes mucho cinismo.

Spencer se echó a reír.

—Querida, somos dos recién casados, esto es un dormitorio y ya sabes lo que son estas cosas porque tú pasaste por el trance con tu campeón de tenis... ¿Sería demasiada molestia para ti dejarnos solos?

Alice apretó los labios con firmeza.

—Te aborrezco, Spencer.

—Eso no es nada nuevo para mí, querida prima.

—Y se lo voy a decir al abuelo.

—¿Qué es lo que le vas a decir, Alice?

—Que lo tuyo es un engaño.

—Ahórratelo; el abuelo es listo y ha hecho sus deducciones.

—Sólo es un moribundo.

—Yo diría que por ahora conserva todos sus sentidos. Kitty habló con él perfectamente. ¿No es así, Kitty?

Kitty afirmó con la cabeza y Spencer prosiguió:

—Ya lo ves, querida Alice. El abuelo sabe perfectamente que yo me he casado por no perder la herencia, aunque quizá no deseche la idea de que también me he enamorado. —No quiero seguir oyéndote— dijo Alice y salió de la estancia.

—Bueno —dijo Spencer cuando la puerta se hubo cerrado—. Ya has conocido a la ambiciosa.

—Por fortuna, voy a durar poco en tu familia.

—Te felicito por tener esa suerte. Cuando nos hayamos divorciado, yo seguiré siendo un Clifford lo mismo que ellos.

—Nadie te obligará a soportarlos.

—Tienes razón. Tomaré medidas a ese respecto... ¿Sabes...? He pensado residir en Europa. Siempre me ha gustado Roma...

—Spencer, no hemos tenido en cuenta una cosa. Estamos sin equipaje.

—Aquí no hay teléfono, pero bajaré a la biblioteca para hacer

una llamada a Paul. Diré que nos reenvíe tus compras. De todas formas, en ese armario encontrarás pijamas y alguna otra cosa. Los Clifford han sido generosos con sus invitados. Esta habitación siempre estuvo reservada a los huéspedes de categoría —sonrió a Kitty y salió de la habitación.

La joven caminó hacia la ventana y miró fuera. Se estaba haciendo de noche.

Circundaba la casa un jardín cuyos árboles estaban ahora desnudos porque mediaba el otoño. El cielo estaba gris. Era un paisaje triste, desolador.

De pronto, oyó que se abría una puerta y se volvió. Dio un grito al ver al hombre que entraba. Tenía los ojos agrandados, brillantes. Sonreía torciendo la boca.

—¿Cómo estás, querida prima?

—¿Quién eres tú?

—¿No lo sabes...?

—Espera que recuerde... Oh, sí, tú debes ser Duke Grogan.

—La señorita se acaba de ganar el beso que se rifaba.

Duke Grogan empezó a avanzar sobre la joven. Tendría veintidós o veintitrés años y era de cabello rubio, con la piel macilenta.

—Disculpa, querido primo —dijo Kitty—, pero no me gusta que me besuqueen.

—Ah, de modo que el bueno del primo Spencer tiene el monopolio exclusivo.

—¿No es natural en un esposo?

—Pero un besito no le hará daño a él ni a ti. Además, me gustas.

—Si me tocas, te rompo esto en la cabeza. —Kitty atrapó el jarrón que vio sobre la mesilla de noche.

Duke se detuvo, riendo. Lo hizo con suavidad.

—¿Te atreverías a herir a tu primo?

—Seguro.

—Así que, no eres una de esas que Spencer acostumbra frecuentar.

—No, Duke. No soy una de ellas.

Duke rió con más fuerza.

—El primo Spencer se casó con una muchacha honesta...

—No me gusta tu forma de hablar.

¿Por qué?

—Es desagradable.

—Tú no simpatizarás con ningún miembro de la familia, Kitty. Yo no te gusto porque hablo de una forma desagradable, pero en los demás encontrarás otros defectos.

—Por fortuna, os tendré que soportar muy poco tiempo.

—Oh, sí, ya sé; hasta que muera el abuelo. Entonces tú y Spencer os marcharéis de la casa.

—Ya puedes estar seguro de ello, Duke.

Duke la miró un rato sin decir nada. Finalmente giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

—No lo entiendo —dijo mientras iba de camino—. Es increíble que un hombre como Spencer se haya casado con una chica como tú —se volvió, ya con la puerta abierta—. Espero que muy pronto descubras lo desagradable que él puede ser.

Soltó una risita cavernosa y desapareció.

Kitty sintió un escalofrío por la espalda. Spencer se había quedado corto al hablar de su familia. Hasta ahora el único simpático era el abuelo. Los demás miembros que ya conocía, Norma, Alice y Duke, formaban un trío digno de un museo de figuras de cera. Al cabo de un rato, Spencer entró en la habitación.

—Listo, Kitty. Paul enviará los paquetes con tu ropa recién comprada.

—He conocido a Duke.

—¿Ese condenado entró aquí?

—Sí, poco después de que te marchases.

—Lo siento, Kitty. Te habrá dado un gran susto.

—Duke no estuvo muy afortunado, ésa es la verdad. Pero como ya me advertiste, tampoco resultó una sorpresa.

—¿Qué es lo que hizo?

—Quiso besarme, pero renunció cuando le amenacé con pegarle con el florero. —Yo no decidí que nos quedásemos en esta casa, ya lo sabes, pero si tú quieres, nos marchamos ahora mismo.

—Oh, no, le sentaría muy mal al abuelo.

—Eres una gran chica al querer ayudarme hasta el fin...

Spencer se acercó a la joven.

—Kitty, me ocurre una cosa muy extraña...

—¿Sí?

—Cuando me has hablado de Duke, por un momento he llegado a olvidar que estábamos representando una comedia.

—Yo también.

—¿A qué se deberá eso, Kitty?

—No lo sé.

—Yo también lo ignoro, pero sólo puedo decirte que tengo unos grandes deseos de besarte.

—¿Qué tontería? —dijo ella—. ¿A qué hora se cena en esta casa?

—Dentro de un rato. Entonces conocerás al resto de la familia.

CAPÍTULO IV

—Algunos de vosotros ya conocéis a Kitty, mi mujer —dijo Spencer Clifford—. Kitty, éste es Lawrence Green, el esposo de Alice.

A Kitty le pareció que efectivamente Lawrence Green era un campeón de tenis que acababa de salir de la pista. Se cubría con jersey blanco y pantalón azul y tenía Ja piel bronceada.

—Bienvenida, Kitty, entre esta manada de lobos.

—Ten cuidado, Kitty —intervino Alice, la mujer de Lawrence—. Law es de los que se disfrazan con la piel del cordero.

Lawrence borró instantáneamente la sonrisa. Spencer continuó las presentaciones, deteniéndose ante una joven que defendía sus ojos con lentes de alta graduación. Tenía el pelo muy largo y se cubría con un jersey grueso, de cuello redondo, y pantalones negros.

—Aquí tienes a Hilda, la existencialista. Es la hermana de Duke.

—¿Cómo estás, Hilda? —preguntó Kitty.

Hilda no contestó, mientras observaba apreciativamente a Kitty.

—¿Soy un bicho raro...? —dijo ésta.

—No más que cualquier joven americana.

—Deberías mirarte al espejo antes de decir esas cosas, Hilda.

Lawrence Green rió la salida, pero se quedó muy serio cuando su esposa Alice lo fulminó con los ojos.

Finalmente, Spencer señaló a un hombre de unos cincuenta años, rostro duro, curtido, manos de dedos largos. Con la diestra sujetaba un vaso de *whisky*.

—Aquí tienes a James Grogan, el padre de Duke y de Hilda.

—También conocido por el sobrenombre del Tahúr —sonrió James.

—¿Me enseñarás juegos de manos con los naipes? —sonrió Kitty.

—Todos los que quieras.

—Será maravilloso...

Tía Norma intervino con brusquedad:

—Ya que han terminado las presentaciones, cenemos de una vez.

La cena transcurrió en silencio.

Kitty se dio cuenta de que el ambiente era muy tenso. Unos y otros, los miembros de la familia Clifford se vigilaban a hurtadillas.

Pero ella tenía apetito y quiso olvidar todo aquello. ¿Qué le importaba a ella la familia Clifford? Su matrimonio sólo era provisional. Nada le unía con aquellos seres extraños. Muy pronto, el camino de su vida se apartaría de la de ellos. Y, posiblemente, lo que estaba ocurriendo ahora le parecería un sueño.

* * *

Kitty y Spencer entraron en su habitación.

—Bueno, ya los conociste a todos, Kitty. Y siento que hayas pasado ese mal rato. —Fue divertido.

Celebro que lo hayas tomado así.

La joven bostezó.

—Tengo sueño.

—Muy bien, acuéstate.

—No contigo delante.

—Eh, ¿vas a ser ahora una niña cursi?

Kitty le apuntó con el dedo índice.

—Escucha, esto, Spencer Clifford. Las cosas no han cambiado desde que el juez Gilmore nos declaró marido y mujer. A mis efectos, continúo soltera.

—¿No crees en la posibilidad de que nazca entre nosotros el amor?

—Es posible.

—Bravo, eso ya es un punto a mi favor.

—Pero jamás nacería en esta casa.

—El amor puede nacer en las más difíciles circunstancias. Un hombre y una mujer que se encuentren en un desierto pueden enamorarse uno del otro.

—Da la casualidad de que esto no se parece en nada a un desierto.

—No tomes mi frase al pie de la letra. Era sólo una forma de hablar.

Kitty apretó los labios con fuerza.

—Spencer, vete al cuarto de baño.

—Oh, no.

—Si no me obedeces, soy capaz de marcharme de esta casa. Y lo haré ahora mismo.

Sin un titubeo.

—¿Te atreverías a dar ese escándalo?

—Me atrevería, Spencer.

Clifford dio un suspiro.

—Está bien, si no me queda más remedio, iré al baño.

Se entretuvo unos minutos en tomar un almohadón, un par de mantas y una sábana.

—No sabía que para heredar tuviese que sacrificarme tanto.

Desapareció en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Entonces, Kitty se percató de que no había llave por fuera, y era una tontería pedir a Spencer que se encerrase por dentro.

Tendría que aceptar aquella situación.

Se desvistió rápidamente con los ojos fijos en la puerta del cuarto de baño. Luego se puso el camisón y se metió en la cama.

La verdad era que no tenía ganas de dormir. Los sucesos de aquel día la habían desvelado. Era demasiado para ella, una chica que tan sólo unos meses antes se encontraba en

Owa-Owa,
estado de Nebraska.

De pronto, oyó un chirrido en la puerta del baño.

—Eh, quédate ahí, Spencer.

—Kitty, se me olvidó algo —le respondió su esposo a través de la puerta.

—¿El qué?

—Él pijama. He de entrar por él.

—Pero supongo que estarás vestido...

—Sí, querida.

—Está bien.

Spencer salió en mangas de camisa. Sonrió a Kitty que se cubría en la cama hasta el cuello.

—Estás muy bonita así, nena.

—Gracias.

—Estoy orgulloso de ti, Kitty.

—Oye, entraste aquí por el pijama.

—Oh, sí, desde luego.

Spencer se acercó a un armario y abrió un cajón, del cual extrajo el pijama.

Emprendió el regreso, pero a mitad de camino se detuvo mirando otra vez a la joven.

—Ahí dentro hace un frío horroroso.

—Ya entré ahí y no hace tanto frío.

—Ahora lo hace. Ven y lo comprobarás.

—No hace falta porque no cambiará nada. Es ahí donde vas a pasar la noche, Spencer.

Tú eres un caballero. Hicimos un trato y debes respetarlo.

—Muy bien; si tú lo quieres, continuaré siendo un caballero.

Spencer entró en el cuarto de baño y cerró de un golpe.

Kitty sintió deseos de reír y se cubrió la boca con la mano.

Pensó en que Spencer Clifford era simpático. Sí, reunía muchas condiciones para enamorar a una mujer; pero no sería ella quien se enamorase de él. Empezó a adormilarse y no tardó en conciliar el sueño.

* * *

Kitty despertó.

Se asustó al encontrarse en una habitación que no era la suya, pero enseguida vinieron a su memoria las escenas del día anterior.

Sí, estaba en casa de los Clifford.

Ella estaba casada... Tenía un esposo distinguido, correcto, y que formaba parte de una de las familias más antiguas del país.

Dio un suspiro, aliviada.

Recordó ahora que su esposo estaba en el cuarto de baño y sus labios esbozaron una sonrisa.

La puerta del cuarto de baño estaba cerrada.

Saltó de la cama y se cubrió con un batín muy bonito que Spencer había comprado para ella en uno de los almacenes de la Novena Avenida.

Se miró en el espejo y se peinó el cabello.

Finalmente se dirigió hacia el cuarto de baño, cuya puerta golpeó suavemente con los nudillos.

Esperó oír a Spencer, pero debía estar muy dormido.

Llamó con más fuerza.

Spencer.

Tampoco obtuvo respuesta.

Entonces puso la mano en el tirador y lo hizo girar suavemente.

La puerta produjo un chasquido al abrirse.

Quedó asombrada al ver que en el cuarto de baño no había nadie, pero tampoco estaba el almohadón ni la sábana, ni las mantas que Spencer había tomado del armario para preparar allí su cama.

—No, no había otra puerta.

Eso quería decir que Spencer había salido de allí porque quizá se cansó de estar en el baño. Naturalmente, se habría alojado en otra habitación.

Sonrió pensando que Spencer había cumplido su palabra de caballero. De noche había entrado en su habitación, la había visto dormida y, sin embargo, se marchó.

Le gustó el gesto de su esposo.

A continuación, se dio mucha prisa en tomar un baño, vestirse y más tarde arreglarse frente al espejo. Finalmente, abandonó la habitación.

El largo corredor estaba desierto.

Bajó por la escalera y tampoco vio a nadie en el vestíbulo. Entonces se dirigió al comedor. Pasó dentro y vio a la ambiciosa Alice Green. Estaba almorzando en la cabecera de la mesa.

—Buenos días, Alice —la saludó.

Alice alzó los ojos y, tras mirar muy seria a Kitty, dijo con frialdad:

—¿Cómo has pasado la noche?

—Muy bien, de un solo tirón. —¿No tuviste una pesadilla?

—¿Por qué había de tenerla?

Kitty notó que los labios de Alice se crispaban en una mueca. «¿Por qué?», se preguntó. Bueno, había una fácil respuesta. Quizá Alice estaba enterada de que Spencer no había dormido aquella noche en la habitación azul.

Kitty se acercó a la mesa donde había muchas fuentes con

viandas. Se sirvió en un plato ella misma y vaciló un instante al elegir la silla. De buena gana se hubiese ido al otro extremo de la mesa, lejos de Alice, pero ignoraba cuántos días iba a pasar en aquella casa y era preferible no desencadenar una guerra por su cuenta. Se mostraría amistosa con Alice y con los demás, mientras pudiera.

Por ello, eligió la silla más cercana a Alice. Ésta ya había terminado de almorzar y encendió un cigarrillo con un encendedor de oro.

—Kitty, ¿qué fue el grito?

Kitty frunció el ceño.

—No te comprendo. ¿A qué grito te refieres?

—Al que salió de tu habitación.

—¿Un grito de mi habitación...? —La joven se estremeció—. ¿Cuándo?

—Esta madrugada, alrededor de las tres. Yo estaba leyendo en la cama, desvelada.

—Es absurdo. Yo no grité. Estaba dormida.

—Entonces, quizá gritó Spencer.

Kitty sintió que el frío le congelaba el cuerpo.

—No pudo ser, Alice. Te equivocas, Spencer tampoco gritó.

—¿Por qué no?

—Estaba allí conmigo... —se interrumpió pensando que Spencer había tomado un almohadón, una sábana, dos mantas y se había metido en el baño para dormir, pero ella había abierto la puerta aquella mañana sin encontrar a Spencer.

—Alice, ¿has visto a Spencer?

—Querida, haces una extraña pregunta. ¿Es que no lo dejaste arriba, en tu dormitorio?

—Verás, él salió, Alice.

—¿Cuándo?

—Bueno, al despertar ya no estaba allí.

Alice inhaló el humo del cigarrillo y lo expelió por los agujeros de la nariz.

—¿Y adónde fue, querida?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Te he dicho que noté su ausencia cuando desperté. —Creo que Spencer se comporta como un marido muy extraño. Mientras estuvo soltero jamás se levantó antes de las

doce.

—Ya sé...

—¿Qué es lo que sabes, Kitty?

—Paul...

—¿Qué tiene que ver el mayordomo con esto, querida?

La joven se puso en pie.

—Si Spencer salió de la casa, Paul lo sabrá.

—Puedes tocar la campanilla y tendrás a Paul aquí es pocos segundos. —Alice estaba señalando un cordón que había junto a la pared.

Kitty tiró de él.

Luego paseó de un lado a otro, apretando una mano contra otra, nerviosa.

Se abrió la puerta y apareció el mayordomo.

—Paul —dijo Kitty—. Mi marido salió de la casa. Usted lo vio, ¿verdad?

—No, señora. No he visto salir al señor Clifford.

Kitty sintió sobre sí la mirada de Alice.

—Paul —dijo—. Quizá mi marido tiene por costumbre encerrarse en alguna otra habitación de la casa.

—Perdón, señora, pero no conozco esa costumbre de su esposo... Al menos, no la tuvo mientras fue soltero.

El mayordomo permaneció inmóvil, mirando a la joven.

Kitty tosió suavemente.

—Paul, ¿oíste un grito esta noche?

—¿Un grito, señora?

—Sí, un grito procedente de la habitación azul.

El mayordomo hizo un gesto de perplejidad.

—No, señora Clifford. No oí ningún grito.

—Está bien, Paul; gracias, puedes retirarte.

—Sí, señora.

El mayordomo hizo una inclinación y salió del comedor.

Alice rió con suavidad.

—No estuviste afortunada, Kitty. A la servidumbre —no se le debe hacer cierta clase de preguntas, especialmente cuando una es recién casada.

—¿Por qué me quieres poner nerviosa?

—¿Quién, te quiere poner nerviosa?

—Tú, Alice.

—Querida, eres una muchacha muy complicada y tus ideas son confusas. ¿Qué culpa tengo yo de que no sepas dónde está tu marido?

—¡Sé dónde está Spencer! —exclamó Kitty, haciendo chascar los dedos.

—¿Sí? ¿Dónde?

—He sido una estúpida por no haberlo pensado antes. —Kitty se echó a reír—. Naturalmente, Spencer está con el abuelo. Dios mío... Ese grito que oíste de madrugada pudo ser de él... Por eso Spencer salió de la habitación y se fue allí, para estar a su lado...

Debe estar agonizando.

Kitty echó a correr, dando la vuelta a la mesa.

—¿Adónde vas, Kitty?

—Con el abuelo, con mi marido...

—¿Quieres decir que vas a ir a la habitación del abuelo Jonathan?

—Antes dijiste que mis ideas eran confusas. No dirás ahora que tampoco entiendes lo que digo. Hablo con mucha claridad. Sí, efectivamente, voy a la habitación del abuelo Jonathan Clifford.

—Querida, lo tuyo es mucho peor de lo que imaginaba.

—¿Qué quieres decir?

—La habitación del abuelo está cerrada hace mucho tiempo, exactamente desde hace poco más de un año. Tía Norma quiso que la habitación no fuese utilizada por nadie desde que el pobre abuelo Jonathan murió.

CAPÍTULO V

Kitty sintió otra vez que su cuerpo se convertía en un trozo de hielo.

—¿Qué estás diciendo, Alice?

—He contestado a tus palabras. Has dicho que querías ir al encuentro de Spencer y que lo encontrarías en la habitación del abuelo. No sé cómo has podido pensar semejante cosa.

—No estás en tu sano juicio, Alice.

—¿Por qué crees que no lo estoy, Kitty?

—Acabas de decir que el abuelo murió hace poco más de un año.

—Sí.

—Vi al abuelo anoche en su dormitorio.

—Comprendo, sufriste una alucinación.

—No sufrí nada. Yo misma hablé con el abuelo. Había una enfermera rubia en su cuarto. Su nombre es Stephanie. El abuelo dormía, Spencer lo despertó...

—Despertó de su tumba para recibirte. —Alice lanzó una carcajada—. ¿Sabes que eres muy graciosa?

—¿Qué es lo que te propones con eso, Alice?

—¿Yo...? ¿Qué es lo que pretendo?

—¿Por qué dices que el abuelo murió? ¿Por qué dices que no pude hablar con él ni entrar siquiera en su habitación?

—Te lo diré, querida —dijo Alice muy seria—, porque es la verdad.

La joven fue a replicar, pero se dijo que estaba cometiendo una insensatez dialogando con una persona como Alice, que debía estar loca.

Reemprendió el camino hacia la puerta, pero antes de salir oyó decir a Alice con retintín:

—Si ves al abuelo, dale muchos recuerdos.

Una vez fuera del comedor, Kitty llevó aire a sus pulmones. ¿Por qué no le había advertido aquello Spencer? Alice era una desequilibrada. Sólo le había dicho que era una mujer ambiciosa, pero ahora estaba segura de que había algo más.

El vestíbulo estaba desierto, envuelto en el silencio.

Subió por la escalera y al llegar arriba se detuvo. Tampoco había nadie allí ahora. Echó a andar con la mirada fija en la puerta que correspondía a la habitación del abuelo, donde ella había entrado el día anterior con Spencer.

Por fin llegó ante la puerta y escuchó.

No. Del interior no llegaba ningún ruido.

Alargó la mano poco a poco y la puso en el tirador. Hizo girar éste con suavidad, pero se dio cuenta de que habían cercado con llave.

Tiró con más fuerza, tratando de abrir, pero no pudo conseguirlo.

—¡Abre, Spencer! ¡Soy yo, Kitty!

Las palabras murieron en su garganta sin que del interior de la estancia le llegase una sola respuesta.

Golpeó con más fuerza.

—Abuelo, ¿está ahí? ¡Enfermera!

De pronto, oyó una voz a su espalda:

—¿Qué jaleo es ése?

Se volvió bruscamente y vio a tía Norma que había salido de la habitación vecina. Estaba muy estirada, los ojos brillantes, el ceño fruncido.

—¿Qué haces, Kitty?

—Quiero entrar aquí.

—¿Por qué?

—Estaba buscando a Spencer y pensé que lo encontraría con el abuelo.

—¿El abuelo? Imagino que te refieres a mi padre.

—Sí, Norma. A Jonathan Clifford, el hombre que estaba aquí ayer por la tarde, con el que yo hablé.

—Cálmate, querida...

—¡Estoy calmada! —gritó Kitty.

—Lo disimulas muy bien.

—¡Quiero entrar en esta habitación! ¿Por qué está la puerta cerrada con llave? —Siempre lo ha estado. Bueno, desde hace un año. Lo ordené yo así cuando mi padre murió.

—¿Qué?

Kitty apoyó la espalda en la pared.

Norma echó a andar y se detuvo muy cerca de la joven. Los ojos de tía Norma eran muy verdes, unos extraños ojos que a Kitty le recordó los de una gata.

—¿Qué te pasa, Kitty?

—No me pasa nada.

—Te veo muy alterada.

—Creo que os voy comprendiendo. A ti y Alice. Os pusisteis de acuerdo.

—¿A qué clase de acuerdo te refieres?

—Sobre el abuelo. Las dos habéis dicho lo mismo. Jonathan murió hace poco más de un año y desde entonces esta habitación ha estado cerrada. ¿Verdad que sí, Norma?

—Es lo que he dicho —afirmó Norma, con sequedad.

—Pero las dos mentís. ¡Tú y Alice!

—¿En qué mentimos?

—En todo. Hablé con el abuelo ahí —señaló la puerta—. Spencer le enseñó los documentos que probaban nuestro matrimonio. El abuelo los leyó... Me preguntó cuál era mi profesión y cuándo había conocido a Spencer.

—Debes haberlo soñado.

—¡No lo he soñado!

—Mi padre Jonathan Clifford murió hace un año y diecisiete días.

—No murió. Habló conmigo ayer. ¿Dónde está la llave de esa puerta, Norma?

—La guardo yo.

—Ábrela.

—En esa habitación sólo entro yo.

—¿Por qué sólo tú?

—Quería mucho a mi padre y no quise que nadie arreglase el cuarto. Sólo mis manos tenían que hacerlo.

No te creo una sola palabra. El abuelo está ahí dentro, o quizá le pasó algo malo...

¡Eso es! ¡Le habéis asesinado para heredarlo! Ahora me voy dando cuenta de todo. ¡Matasteis al abuelo y también a Spencer! De esa forma lograbais la herencia y tenáis una porción más grande a repartir. Eso es. Así ha ocurrido todo.

La cara de Norma parecía esculpida en piedra.

—Sólo estás diciendo insensateces, Kitty.

—Demuéstrame que me equivoco.

—Espera aquí —dijo tía Norma.

Echó a andar y se introdujo en una habitación.

Cuando Kitty estuvo a solas, se apretó las sienes con la mano. No, no estaba loca. Todo había ocurrido realmente como ella decía. Había visto a Jonathan Clifford en la cama.

Dormía cuando ella llegó con Spencer.

Tía Norma salió de la habitación con una llave en la mano.

—Esto no lo haría por nadie, Kitty —dijo—. Sólo por ti, para que te tranquilices y comprendas que tus palabras son equivocadas.

Introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar y la puerta quedó abierta.

Kitty se precipitó en la habitación, pero se detuvo de golpe, como si hubiese encontrado al paso un muro invisible.

La cama de dosel estaba allí, pero sobre ella no había nadie.

Tampoco vio a Stephanie, la enfermera, ni a Spencer. La habitación estaba envuelta en la penumbra y la atmósfera olía a rancio, porque el cuarto no tenía ventilación.

—¿Estás ya satisfecha? —Oyó a su espalda la voz de j tía Norma.

La joven giró bruscamente.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—¿Con quiénes?

—Ya lo sabes, con el abuelo y con mi marido.

—El abuelo descansa en el jardín, al lado de la capilla. Fue allí donde él quiso, ser enterrado, con sus padres y sus abuelos.

—No lo creo.

—Puedes cerciorarte. Sólo tienes que llegarte a nuestro pequeño cementerio.

Jonathan está enterrado en la fosa cercana a los rosales de otoño.

—¿Y dónde está enterrado Spencer?

—¿Spencer? Oh, no, querida, mi sobrino Spencer está vivo.

Recuerda que ayer te casaste con él. Vinisteis a esta casa juntos.

—Sí, Norma, y ahora recuerdo algo que se refiere a ti. Cuando estábamos en el vestíbulo, tú apareciste en lo alto de la escalera.

—Sí, lo recuerdo.

—Te mostraste muy sorprendida porque me había casado con Spencer. —Me pilló de sorpresa. ¿Es eso lo que te extraña, Kitty?

—No. Lo que siguió después.

—¿Qué es lo que siguió?

—Spencer dijo que él y yo íbamos a ver al abuelo. Quería presentarme a él. Recuerdo perfectamente tu respuesta, Norma. Tú dijiste; «Está descansando ahora y el doctor dijo que se le dejase en paz». ¿Lo recuerdas?

Yo no pude decir tal cosa.

—¿Cómo te atreves a negarlo? Fue eso lo que dijiste. El abuelo estaba descansando por orden del doctor. Nadie le debía molestar.

—Te di la bienvenida en la escalera. Y luego, tú y Spencer os retirasteis a vuestro cuarto.

—No, no sabíamos cuál era nuestra habitación. Fue el propio abuelo quien nos destinó la habitación azul. ¿Qué es lo que ocurre, Norma? Tienes que decírmelo. ¿Por qué tratas de engañarme? ¿Por qué me engaña también Alice?

De pronto se oyó una puerta que se abría al fondo del corredor.

Hilda Grogan, la existencialista, vino hacia ellas. Vestía la misma indumentaria con que Kitty la había conocido: el jersey de cuello alto y los pantalones varoniles. Tenía las gafas en la mano, que limpiaba con un pañuelo.

—Desde mi cuarto tuve la impresión de que dos gatos estaban peleando en el corredor. ¿Sabes Kitty? A tía Norma la llamo desde pequeña Ojos de Gata. ¿Encontraste alguna vez a otra mujer cuyos ojos se pareciesen tanto a un animal, felino?

—Hilda, quiero pedirte un favor.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Quería hablarte del abuelo.

—¿Qué abuelo?

—De Jonathan Clifford, del padre de Norma. Estaba aquí en esta casa ayer cuando yo llegué. ¿Verdad, Hilda? Dime tú que tengo razón, que él estaba ahí dentro enfermo, en la cama.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Hilda, no te pongas de su parte también.

—Oye, Kitty, el matrimonio parece que te ha sentado muy mal.

—Entonces... —Kitty tragó saliva—, ¿tú también aseguras que el abuelo murió?

—Claro que murió.

—¿Cuándo?

—No lo recuerdo exactamente, pero ya debe haber hecho el año.

—No, Hilda. No murió. No es posible. Estaba aquí anoche. Lo vi en su habitación. Había una enfermera con él, una rubia llamada Stephanie.

—Aquí no ha entrado una enfermera desde que el abuelo murió.

—¿Qué os proponéis todas? ¿Qué tratáis de conseguir de mí?

—¿Quiénes, querida? —dijo tía Norma.

—Tú, Alice, Hilda...

—¿Por qué no descansas un poco, Kitty? Eso es, debes acostarte.

—No, ya dormí bastante esta noche.

—Entonces tuviste un mal sueño. Es lo que te ha hecho pensar en cosas que nunca existieron.

—Decidme ahora que también soy una viuda... Anda, ¿cuál de las dos me tiene que dar la noticia?

Se oyeron pasos por el corredor y apareció James Grogan, el padre de Duke y de Hilda, el que se había llamado a sí mismo El Tahúr.

—Creí que estaríais todos abajo, almorzando.

Eso es lo que me proponía hacer hace un rato, papaíto —contestó Hilda, con voz no exenta de ironía—. Pero Kitty, el nuevo miembro de la familia Clifford, nos ha hecho una demostración de histerismo.

—¿Qué le pasa?

—Dice que habló con el abuelo.

—¿Qué abuelo?

—¿Cuántos abuelos ha habido en esta casa? ¿O es que tampoco a ti te funciona bien la cabeza?

James Grogan entornó los ojos y también señaló la habitación de Jonathan Clifford.

—¿Se refiere a...?

—Sí, papá, a Jonathan Clifford.

James se echó a reír.

—La chica os ha querido gastar una broma.

Kitty apretó los dientes rabiosa.

—¿Usted también forma parte de la confabulación!

—¿Tampoco crees a mi padre? —rió Hilda.

—No, no lo creo a él, ni a ti, ni a nadie.

De pronto, Kitty se acordó de algo. En la casa había una persona que no era miembro de la familia Clifford. Paul, el mayordomo.

Echó a correr.

—¿Adónde vas? —gritó Norma.

—No te importa, tía Norma —contestó la joven.

Bajó la escalera y se dirigió hacia las habitaciones de la servidumbre. Corrió por un largo corredor.

—¡Paul! ¿Dónde estás, Paul?

Empujó una puerta y lanzó un grito al tropezar con una persona que no conocía. Era una mujer de unos cincuenta años que vestía de negro, de piel reseca, ojos negros.

—¿Quién es usted? —preguntó la desconocida, con voz extrañamente agresiva.

—Soy Kitty, la esposa del señor Clifford.

—Perdone, señora Clifford, me ha dado un gran susto. Soy Mary, la cocinera.

—¿Dónde está Paul?

—Ahí dentro. Pase.

Paul estaba sentado ante una mesa y se puso en pie.

—¿Me buscaba, señora Clifford?

—Sí, Paul, te buscaba —repuso Kitty, jadeante—. Es muy importante lo que te voy a preguntar, Paul, y quiero que me contestes con sinceridad. —Sí, señora.

La joven fue a hablar, pero se interrumpió... Sí, era la primera vez en su vida que tenía miedo de hablar. Siempre había sido decidida para eso, hasta el punto de que en algunas ocasiones se arrepintió de su locuacidad, allá en Owa-Owa.

Pero ahora estaba en Nueva York, en la casa de los Clifford, casada con un hombre al que veinticuatro horas antes no conocía siquiera, enfrentada a unos miembros de aquella familia que negaban la existencia de un hombre al que ella había sido presentada por su propio marido.

—Paul —dijo, y se mojó los labios—. Quisiera que me hablastes del abuelo... Ya sabes, de Jonathan Clifford.

—Era un gran hombre. El mejor de cuantos he servido. Si me permite decirlo, ningún Clifford salió a él.

—¿Era, Paul? ¿Quieres decir que ya no vive?

—No, señora Clifford. Jonathan Clifford, el abuelo, como usted lo llama, murió.

—Sí —dijo Kitty, con un hilillo de voz—. Murió hace poco más de un año.

—Sí, señora Clifford.

Kitty miró la cara mofletuda del mayordomo y sus ojos, que la observaban sin un parpadeo.

—Gracias, Paul —dijo.

—A sus órdenes, señora.

Kitty dio la vuelta y echó a andar despacio.

Salió al vestíbulo y se detuvo al ver al pie de la escalera a Norma, a Hilda, a Alice, a James Grogan...

Todos parecían haberse convertido en estatuas. Sólo Hilda sonreía con una mueca sardónica.

—¿Estás ya satisfecha? —preguntó tía Norma.

—Todos ustedes están locos. Todos... Incluido Paul, el mayordomo.

—Ven, querida, te acompañaré a tu habitación —dijo tía Norma—. Te daré unos comprimidos. Ya verás cómo te sientan bien.

—¡Usted no me dará nada! Tampoco iré a esa habitación. Y no me quedará un minuto más en esta casa, ¿lo oye? ¡Ni un minuto más!

Kitty echó a correr hacia la puerta.

—¡Espera, Kitty! —gritó Norma.

—¡No, no esperaré! —gritó Kitty, y siguió corriendo.

Ya junto a la puerta, la abrió de un tirón, y cuando fue a salir lanzó un grito al tropezar con una persona. Era Duke, el morfinómano.

CAPÍTULO VI

—¿Adónde vas, querida prima? —preguntó Duke, abrazando por el talle a Kitty. La joven sintió el aliento de Duke sobre su cara y se apartó de él bruscamente, con lo cual se introdujo de nuevo en la casa.

Duke sonrió.

—Cualquiera diría que sientes aversión por mí.

—Apártate, Duke.

—Salías con mucha prisa, querida. ¿Adónde ibas?

—Quiero marcharme de esta casa.

Duke enarcó las cejas.

—¿Marcharte de aquí? Querida prima, ¿no lo recuerdas? Ya eres una Clifford, estás con los miembros de tu nueva familia. Todos nosotros te queremos.

—Me queréis tanto que me estáis engañando.

—¿Engañando?

—¿Cuándo murió el abuelo, Duke?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Contesta.

—Pobre abuelito... Murió hace ya muchos meses.

Duke entró en la casa y cerró a su espalda.

—¿De qué murió, Duke? —preguntó Kitty—. Vosotros lo matasteis.

—Oh, no, querida, nosotros no somos de esa clase de personas. Además, tenemos la ayuda de la ciencia. Sí, el doctor Holmes, que asistía al abuelo, dijo que murió de un infarto de miocardio. Ya sabes, un ataque al corazón.

—Un ataque al corazón que seguramente fue ocasionado por cualquiera de vosotros.

Pero no fue hace un año cuando llevasteis a cabo vuestro crimen, sino anoche.

Duke miró a sus familiares que estaban al pie de la escalera.

—Eh, ¿quiere decirme alguien qué le pasa a mi bella prima?

—La soledad le sienta muy mal —contestó tía Norma.

—¿La soledad? —repitió Duke, como un eco—. ¿Dónde está Spencer?

Kitty se dio cuenta de que Duke tenía las manos y el pantalón manchados de tierra.

El corazón le golpeó con fuerza en las costillas.

—¿Dónde has estado, Duke? —En el jardín.

—¿Y qué hacías en el jardín?

—Me gusta pasear sin compañía. Muchas mañanas lo hago. Eso me ayuda a comer con apetito.

—No, Duke. Esta mañana no saliste al jardín a pasear.

—¿A qué salí, querida prima? ¿Lo sabes tú?

—Fuiste a enterrarlo.

—Oh, no, no empieces otra vez con lo del abuelo. No digas que envenenamos al abuelo anoche y que esta mañana me he ocupado yo de meterlo en la fosa.

—Has enterrado a los dos, al abuelo y a mi marido, Spencer.

—Eres muy truculenta —rió Duke, estremeciéndose.

Tía Norma habló de nuevo.

—Al parecer, Spencer no se percató de la clase de mujer con la que se desposaba. Pero Kitty nos está demostrando que es una muchacha fácilmente excitable.

La joven miró con furia a Norma.

—Voy a hacerte una proposición, tía Norma.

—¿Sí?

—Me marcharé de esta casa y os olvidaré.

—No te podemos dejar marchar.

—¿Por qué no?

—Eres la esposa de Spencer. Has de esperar a que regrese. Él no nos perdonaría que te dejásemos ir.

—Spencer nunca volverá a esta casa. Tú lo sabes.

—Querida niña, yo sé lo que te conviene. Te voy a acompañar a tu cuarto. Allí te daré algo para que puedas dormir.

—¡No!

—¿Es así como agradeces que me preocupe por tu salud?

—No seas cínica, tía Norma. A ti y a los demás os importa un rábano mi salud. Yo sé la clase de comprimido que quisieras darme... ¡Veneno, como a mi marido!

—Estás desvariando.

—No podéis consentir que escape con vida de esta casa. También necesitáis que yo muera.

—Pero, querida, ¿por qué íbamos a desear tu muerte? Eres una Clifford.

—No soy una Clifford.

—¿Vas a decir que no te casaste con Spencer?

—Sí, me casé con Spencer, pero vosotros sabéis por qué lo hice.

Tía Norma sonrió con sarcasmo.

—Naturalmente, te casaste con Spencer porque los dos estabais muy enamorados. —No, tía Norma. Tú sabes que no fue eso. El abuelo le impuso una condición para heredar su parte, un millón y medio de dólares. Tenía que casarse en el plazo de tres días.

—¿Qué tontería es ésa? Cuando el abuelo murió hace más de un año, no puso ninguna condición a Spencer.

—Continúas mintiendo, Norma.

—Ven, Kitty.

—No iré contigo.

—Sólo queremos que recuperes tu salud, Kitty.

—No estoy enferma.

—Es lo que tú crees.

Kitty sintió que Duke daba un paso hacia ella y dio un salto yendo junto a la pared.

Pero ¿de qué le valía aquello? Se encontraba en el cubil de las fieras.

No, no podría escapar. Duke estaba defendiendo la puerta, y a la otra parte, estaban los otros cuatro, Norma. Alice. Hilda y James Grogan.

Eran demasiados para ella.

Tía Norma había echado a andar y se le estaba acercando.

—Compórtate como una buena chica, Kitty.

—Espera, tía Norma.

—¿Qué quieres ahora?

—Haré un trato con vosotros.

—Oh, sí, te debemos dejar marchar... Pero eso ya lo dijiste antes. —Escucha, Norma, me iré y no diré nada... Todo fue una pesadilla. No conocía Spencer Clifford. Él y yo no nos casamos.

Ahora era ella la que mentía. En cuanto saliese de aquella casa, acudiría a la policía para denunciar un doble crimen: el del abuelo Jonathan y el de su marido, Spencer Clifford. —¿Quieres ir por tu propio pie a tu habitación?— dijo Norma, con sequedad.

—No iré.

—Duke, atrápala.

Kitty miró a Duke y lo vio con la boca entreabierta, sonriente, los ojos saltones.

—Eso es algo que me va a gustar mucho. Tu esposo me perdonará que te lleve en brazos.

—¡No quiero que me toques!

—¿Quieres que te deje sin conocimiento, Kitty?

Sabía que Duke no hablaba gratuitamente. La golpearía basta desvanecerla y entonces lograría su propósito de llevarla en brazos hasta la habitación azul.

—Está bien, Duke —repuso cuando vio que se había puesto en movimiento—. Iré yo sola. Apártate de mí, Duke.

—Déjala —ordenó Norma.

La joven se dirigió hacia la escalera.

Alice, Hilda y James Grogan se apartaron para cederle el paso.

Kitty subió la escalera seguida por tía Norma y por Duke.

Poco después llegaban a su habitación. Era una prisionera. Pero ¿hasta cuándo? Sí, ¿hasta cuándo la permitirían seguir viva?

Abrió la puerta y se metió en el interior. Fue a cerrar con rapidez, pero Duke introdujo el pie. Luego dio un empujón a la puerta y Kitty se tambaleó.

Tía Norma y Duke entraron en el dormitorio.

—¡Quiero estar sola! —Exclamó la joven—. Creo que tengo derecho a ello.

Norma permaneció inmóvil, pero Duke se puso a registrar los cajones.

—¿Qué buscas? —preguntó Kitty.

Duke no dijo nada y fue al cuarto de baño. Regresó con una navaja barbera.

—No hay ningún arma, Norma —dijo Duke.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Kitty.

Le contestó tía Norma:

—Velamos por tu seguridad. No queremos que tengas nada a tu alcance con lo que te puedas hacer daño.

La hipocresía de Norma hizo estallar a Kitty.

—Nunca pude imaginar que existiesen personas como tú, Norma.

—Vamos ya, Duke.

—¿No quieres que me quede con ella para cuidarla mejor?

Ante la posibilidad de que tía Norma respondiese afirmativamente, Kitty gritó:

—¡Quiero estar sola!

La mujer con ojos de gata esbozó una sonrisa.

—Tendrás que salir conmigo, Duke.

—Prefiero quedarme, tía Norma.

—¿Por qué?

—Necesito que alguien hable conmigo. Siempre me habéis dicho que soy un hombre reservado, pero nunca hablo con nadie porque no encontré mi alma gemela. Y acabo de hacer un gran descubrimiento, tía Norma: ella es la mujer en la que yo siempre he pensado.

—Sal, Duke.

—Déjame con Kitty, por favor.

—¡He dicho que salgas!

Duke respiraba entrecortadamente.

—¿Qué mal hay en que me quede?

—¿Cuándo te he dado explicaciones, Duke? Ya conoces mi orden. Cúmplela. Duke se dirigió hacia la puerta, mientras movía la cabeza de arriba abajo.

—Sí, tía Norma.

Cuando Duke salió, tía Norma dijo:

—Espero que dentro de un par de horas te habrá pasado la excitación, Kitty... Ya verás cómo entonces las cosas van mucho mejor.

Inmediatamente, la hija de Jonathan salió de la estancia.

Kitty oyó cómo era echada la llave en el corredor.

De todas formas, acudió junto a la puerta y esperó un rato.

Cuando supuso que Norma ya no estaba en el corredor, hizo

girar el picaporte.

Fue un gesto absurdo, pero obraba instintivamente. Sólo le sirvió para comprobar que se encontraba encerrada en la habitación. Estaba en poder de los Clifford, aquellos seres, extraños.

Tendióse en la cama, pero al cabo de un momento se levantó y se puso a pasear. Su mente era un torbellino de ideas. ¿Por qué no la habían matado igual que al abuelo, lo mismo que a Spencer?

Sólo tenía una respuesta. La necesitaban para algo. Habían demorado su ejecución porque les era imprescindible para alguna cosa. ¿Quizá porque al casarse con Spencer y morir éste, ella era la heredera del millón y medio de dólares? Eso tendría que ser. Ahora tendrían que preparar el documento correspondiente en el que ella debía renunciar a la herencia... Oh, eso era absurdo. ¿Y si lo que estaban preparando era no dejar huella de su presencia en la casa, de su presencia en Nueva York?

De lo que estaba segura era que no tardarían en volver y entonces habría llegado su última hora. Tenía que escapar de allí, pero ¿cómo? ¡Por la ventana!

Echó a correr y miró a través de los cristales.

Vio el mismo paisaje desolador que se ofreció a sus ojos a su llegada.

No, en el jardín no había nadie.

Abrió la ventana y asomó la cabeza. Era imposible saltar desde allí al suelo. Se mataría en el intento.

De pronto, descubrió junto a la pared un pequeño voladizo. Había otro arriba, sobre la ventana. Entre uno y otro mediaba una distancia de metro y medio.

Aquél era su único medio de escape. Salir de una habitación y tratar de ganar otra, para a continuación llegar hasta la puerta que comunicaba con el jardín. A su llegada había visto que estaba rodeado por altos muros y una verja de hierro, pero había unos cuantos árboles junto a la pared.

Midió otra vez la distancia que separaba la ventana del suelo. Era muy peligroso lo que se proponía hacer, pero no tenía otra salida.

Respiró profundamente y sentóse en el alféizar. Pasó una pierna y luego la otra.

Entonces se dio cuenta de que con sus zapatos de tacón alto

corría el peligro de caer más pronto.

Se los quitó apoyando el tacón en el voladizo y los dejó caer.

No oyó ruido al chocar los zapatos contra el suelo, y eso quería decir que la tierra era blanda.

Se apoyó sobre la punta de los pies en el resalto de la pared. Era el momento de la decisión. Tenía que quitar las manos del alféizar y apoyarlas en el voladizo superior. Extendió la mano derecha con mucho cuidado. Titubeó un instante porque pensó que no podría conseguirlo nunca. Caería desde lo alto al suelo, se mataría sin remisión. Pero ¿qué ganaba con permanecer allí, a la espera de que tía Norma regresase con Duke o James Grogan?

Llevó la otra mano rápidamente al resalto que había por encima de su cabeza. Tenía que estar agachada porque su talla era superior al metro y medio que existía entre uno y otro saliente.

La posición era muy incómoda.

No debía mirar abajo. Era propensa al vértigo. Empezó a avanzar hacia la ventana. Había creído que estaba a unos dos metros de su habitación, pero ahora la vio muy lejos, a más de cinco. ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Empezó a moverse con mucha lentitud. Un fallo y allí acabaría la historia de Kitty Sader, natural de Owa-Owa, estado de Nebraska.

Fue avanzando pulgada a pulgada.

Hubo de detenerse porque se estaba ahogando. Le faltaba aire para respirar, pero se dio cuenta de que era la terrible sensación de hallarse a un paso de la muerte.

Ahora no podía desfallecer.

«No puedes retroceder Kitty. Estás en el camino de la salvación. Has de huir de aquí cuanto antes, no puedes quedarte un segundo más en esta casa... Ellos son perversos, sádicos... Por algún motivo quieren acabar contigo...».

Cobró nuevos alientos para proseguir su difícil camino. La ventana, su meta, ya estaba muy cerca. Un metro más y la habría alcanzado.

De pronto, descubrió otra ventana más alejada. Junto a ella crecía una gran enredadera. Se detuvo nuevamente pensando en que aquella pudiese ser una solución más fácil. Su idea primera era

entrar en la casa a través de la ventana más cercana para escapar luego de la habitación. Pero ¿y si estaba cerrada también con llave? Y admitiendo que estuviese abierta, tendría que salir al corredor, bajar la escalera, cruzar el vestíbulo... Decidió, pues, seguir hasta la enredadera.

Pero sus energías se estaban agotando. Tenía que concederse un descanso.

Ya había llegado a la ventana. Asomó la cabeza y la retiró bruscamente, al ver en el interior de la habitación, a través de los cristales, a Norma y Alice.

Las piernas le flaquearon.

¡Cielo santo, no había servido para nada su esfuerzo! Quizá alguna de ellas la había descubierto. En el momento en que miró al interior, ninguna de las dos mujeres estaba vuelta hacia la ventana, pero quizá la habían visto por el rabillo del ojo. Si la habían descubierto, abrirían la ventana y con sólo darle un empujón la lanzarían al vacío.

Transcurrieron quince segundos y la ventana no se abrió. No, no la habían visto.

Pero, de todas formas, ¿cuánto tiempo podía permanecer allí?

Ya no lo podía resistir más. Le dolían las puntas de los pies y le zumbaban los oídos. Contó otro minuto y miró otra vez por la ventana.

Ahora no vio a nadie.

Quizá Norma y Alice estaban en el otro lado de la estancia. Pero tenía que correr el riesgo de pasar porque estaba segura de que no podría permanecer mucho rato mas entre los dos voladizos.

Otra vez se puso en marcha.

Mientras pasaba por junto a la ventana, contuvo el resuello, como si con ello pudiese impedir de alguna forma ser descubierta.

Se encontró a la otra parte, pero ahora no se tomó descanso. Quería darse prisa porque había llegado al límite de sus fuerzas.

De repente, se encontró al lado de la enredadera. Ya había llegado a su meta.

Pero ¿y si la enredadera no resistía su peso?

La tanteó. Sus ramas eran fuertes. Se tendría que descolgar con mucha prisa, por si, a pesar de todo, se rompía.

La rama crujió, pero Kitty bajó rápidamente.

De pronto, sus pies golpearon contra el suelo.

Se dejó caer y permaneció inmóvil, junto a la pared.

No podía entretenerse.

Gateó hasta el lugar donde había dejado sus zapatos. No se los pondría aún porque correría con mucha más rapidez descalza.

De repente, vio a lo lejos la capilla y las cruces. Era el pequeño cementerio particular de los Clifford.

Miró a su alrededor. No había nadie. Podía acercarse al lugar donde reposaban los antepasados de los seres depravados que había conocido en la casa.

Si se marchaba de allí sin visitar el camposanto se estaría haciendo preguntas el resto de su vida... Pero ¿qué tontería estaba pensando ahora? ¿Quizá estaba realmente loca?

¡Oh, no, era absurdo! Ella había hablado con Jonathan Clifford. Claro que había hablado.

De todas formas, un impulso irresistible la llevó hacia el pequeño camposanto.

Leyó una lápida:

«William Clifford, nacido en 1735, muerto en 1799».

Debió ser el primero de los Clifford, el fundador de la dinastía. Las letras estaban desgastadas por el tiempo e igual ocurría con otras lápidas.

Fue leyendo otras más recientes hasta llegar a la última.

Creyó estar viviendo una pesadilla.

«Jonathan Clifford, nacido en 1880, fallecido en 1962».

¡Ellos tenían razón! Aquél era el abuelo. Había muerto un año antes porque el día en que se encontraba era el 14 de octubre de 1963.

Se puso en pie de un salto y echó a correr.

Sólo pensó en huir, escapar de la mansión de los Clifford.

Vio el portón de hierro que estaba cerrado y se dirigió hacia una parte del muro donde crecía una hilera de árboles. Antes de llegar ya había elegido el que le pareció más fácil para trepar.

Se detuvo ante el tronco y volvió la cabeza hacia la casa. No vio señal alguna de que su fuga hubiese sido descubierta. Un minuto

más y sería libre.

Se dispuso a subir al árbol, pero de pronto oyó un ruido junto a la verja. Miró hacia aquel lado y otra vez desde que llegó a aquella casa sintió que su cuerpo se estremecía como al contacto de una corriente de alto voltaje.

Un hombre acababa de entrar por el portón que había abierto con una llave.

Era Spencer Clifford, su marido.

Él también la había descubierto.

—Nena, ¿qué haces ahí?

—¡Spencer! —gritó Kitty, y echó a correr, echándose en sus brazos, sollozando. El la estrechó contra su pecho.

—¡Oh, ha sido terrible, Spencer!

—Bueno, Kitty. Sea lo que fuere, celebro que haya ocurrido porque eso me permite que al fin pueda abrazar a mi mujercita.

Ella alzó la cara.

—Spencer, tu tía y tus primos están locos.

—Eso no es nada nuevo para mí.

—Hablo en serio, Spencer.

La cara de Spencer se tornó grave.

—Ya entiendo, Duke te atacó. Suponía que ese tipejo trataría de ponerte la mano encima, pero yo le voy a arreglar las cuentas.

—No es sólo eso, Spencer. Hay algo mucho peor.

—¿Qué es, Kitty?

—Dicen que no vi a tu abuelo.

—¿Cómo?

—Yo no estuve anoche en la habitación del abuelo contigo. Jonathan no estaba en la cama ni tampoco había allí una enfermera.

Spencer se echó a reír.

—Ya entiendo, han tratado de gastarte una broma. Lo siento, pero has de perdonarlos.

Mis queridos primos y mi tía poseen un macabro sentido del humor.

—Pero yo estuve en la habitación de Jonathan y no estaba allí.

—Es frecuente que el abuelo cambie de habitación. A veces prefiere la que está situada al norte de la casa.

—Pero, Spencer, acabo de visitar vuestro cementerio particular.

Allí he visto la lápida del abuelo. Según se dice en ella, murió en el año 1962.

—No es posible.

—Te juro que la vi.

Spencer entornó los ojos.

—No lo comprendo.

—¿Crees que si se tratase de una broma la llevarían tan lejos?

—¿Estás segura de que es eso lo que has visto, de que no te has sugestionado?

—Claro que no, la vi hace un momento —señaló el camposanto.

—Perdona, Kitty, pero quiero verla yo mismo.

—Oh, no, Spencer, no perdamos más tiempo. Marchémonos de aquí. No puedo resistir un minuto más la proximidad de esta horrible casa.

—Está bien, nos iremos enseguida. Pero antes quiero ver la lápida. Y si no te equivocas, te aseguro que tía Norma y los demás van a saber de una vez por todas quién soy. Kitty se puso los zapatos apoyándose en Spencer. Luego, él la tomó del brazo y se dirigieron al cementerio.

Detuviéronse ante la lápida que Kitty había leído en último lugar.

Spencer la leyó en silencio.

—Esa lápida no estaba aquí hace dos días cuando yo pasé por aquí. La han puesto recientemente.

—Pero ¿por qué iban a hacer eso? ¿O sigues pensando que sólo se trata de una broma?

—Sí, estoy seguro de que sólo es eso... o algo peor.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo no lo he pensado enseguida? Quieren anular mi matrimonio contigo.

—¿Qué?

—¿No lo recuerdas? Te casaste conmigo para que yo heredase. Han pretendido que te marches, que huyas, y es justo lo que ibas a hacer. Probablemente pretenden demostrar que he simulado un matrimonio, que mis documentos son falsos... ¡He de hablar con esos miserables!

Spencer estaba muy furioso.

Anduvo muy aprisa hacia la casa y Kitty tuvo que correr para

seguirle.

Spencer apretó el timbre.

Poco después, abrió la puerta Paul, y Kitty dijo:

—Paul también está de acuerdo con ellos.

—Paul, ¿es eso cierto?

—Perdone, señor Clifford, pero yo recibí órdenes de la señorita Norma.

—¿Dónde está ella?

—En la biblioteca, con el resto de la familia.

—Vamos, Kitty.

Cruzaron el vestíbulo y Spencer abrió de golpe la puerta de la biblioteca pasando al interior con Kitty.

Cerró de un fuerte golpe.

Bajo el techo se encontraban todos los Clifford, Alice y su marido, el ex campeón de tenis, James Grogan y sus dos hijos, Hilda y Duke. Ocupaban sendos sillones y Norma presidía la reunión sentada tras la mesa.

Spencer avanzó hacia el centro de la estancia.

Tía Norma se puso en pie mirando fijamente a Kitty, que se había quedado un poco detrás de su marido.

—¿Cómo has logrado salir de la habitación, Kitty?

Spencer dejó oír su voz llena de ira.

—Eso es lo que quisiera saber yo. Sois una pandilla de estúpidos. Encontré a mí querida mujercita a punto de trepar por un árbol. Si llego un segundo tarde, ella habría logrado huir. ¿Es que no tenéis un poco de seso en la cabeza? ¡Os dije que ella no debía salir de la casa!

CAPÍTULO VII

Kitty tuvo la impresión de que la golpeaban en la cabeza con un mazo.

Se quedó un rato con la boca abierta.

—Spencer ¿tú también...?

Spencer esbozó una sonrisa.

—Cariño, debes perdonarme... Eres muy linda, pero a veces en la vida uno se ve obligado a hacer cosas que no desea.

—¡Oh, no!, Spencer... Dime que efectivamente todo es una broma. Que tú también estás de acuerdo con ellos. Dímelo, Spencer... Estáis representando una comedia, pero ya acabó.

—Acabará muy pronto, cuando el plan que yo tracé haya llegado al final.

—¿Qué plan? ¿A qué te refieres?

—Es mejor que no lo sepas.

—Prefiero saberlo.

—No, nena...

—Spencer, tú eres el peor de todos... Confiesa que todo esto salió de tu cabeza.

—Sí, cariño. Todo.

—¿Lo de tu abuelo también?

—También.

—Entonces, ¿el hombre que yo vi anoche...?

—No era mi abuelo.

—¿Quieres decir que el que está en la fosa es Jonathan Clifford?

—Sí, es el abuelo.

—Pero ¿por qué todo eso? ¿Por qué? ¡Yo no tengo nada que ver con vosotros!

—Tú eres un eslabón muy importante en la cadena, querida.

—¿A qué cadena te refieres? ¡Habla de una vez!... ¡Quiero saberlo! ¡Habla o me volveré realmente loca!

—Ya lo estás, nena, necesitas muchos cuidados.

—No, Spencer, todavía no lo estoy. Mi mente funciona bien.

—Es lo que tú crees —repuso Spencer, y echó a andar hacia ella —. Pero te encuentras muy mal.

—No.

—Sí, nena, sufres alucinaciones... Creíste ver a mi abuelo anoche cuando la verdad es que él está descansando en su último sueño desde hace muchos meses.

—¡Tú me dijiste que aquel hombre era tu abuelo!

—Yo tengo el remedio para tus males. Soy un marido que se preocupa mucho por su mujer y me voy a ocupar de ti.

A la joven se le había hecho un nudo en la garganta.

—¿Qué quieres decir?

—Eres una mujercita adorable, no quiero que estés loca... No, no lo quiero... Existen magníficos doctores que se encargan de devolver la razón a las personas perturbadas.

—¡Yo no estoy perturbada!

—Estás demostrando que sí... Fuiste preguntando a unos y a otros, a mi tía, a mis primos y hasta al propio Paul acerca del abuelo... A todos les decías lo mismo, que le habías visto vivo, y eso, como tú sabes, no es posible.

—¿Cómo sabes que fui preguntando a unos y otros, si tú no estabas en la casa?

—Tía Norma me hizo una llamada telefónica.

—Spencer, escúchame, ahora todo está claro.

—¿Si?

—El abuelo no fue asesinado porque ya estaba muerto. Tú también estás vivo. Pensé que los dos habíais sido asesinados, el abuelo y tú, pero aquí no se ha cometido ningún crimen.

—Eso es cierto, no se ha cometido ningún crimen.

—Deja que recupere mi libertad... Con el dinero que me diste, podré conseguir el divorcio fácilmente. Ordenaré a mi abogado que te moleste lo imprescindible... Todo volverá a ser como antes para los dos... Eso es justo, ¿verdad?

—No, nena, ya nada puede ser como antes.

—¿Por qué, Spencer? ¿Por qué?

—No me gusta que me hagan preguntas.

—Pero yo necesito responderme a mí misma, Spencer. ¡Por lo que más quieras! Explícame de una vez lo que ocurre aquí. ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Por qué me trajiste a esta casa? ¡Necesito saberlo!

De pronto, Spencer la golpeó con el puño.

Dulce estalla detrás de Kitty para sostenerla.

Kitty sintió el impacto en el mentón y ante sus ojos se formó una nube negra que le impidió ver las personas que se encontraban en la estancia.

Escapó un gemido de su garganta, y cuando llegó a los brazos de Duke, ya había perdido el conocimiento.

* * *

Cuando Kitty despertó, se vio tendida en una cama. Pero no se encontraba en la habitación azul. El cuarto era de paredes lisas, sin ningún adorno.

Se tocó bajo la sábana notando que estaba cubierta con un largo camisón de basta tela.

Oyó un ruido a los pies de la cama y se incorporó sobre los codos.

Pensó que se iba a desmayar otra vez al ver una persona que ya conocía, aquella rubia, la enfermera que dijo llamarse Stephanie y a la que conoció en el dormitorio del falso abuelo, del impostor que se hacía pasar por Jonathan Clifford.

—¿Dónde estoy, Stephanie?

—Tranquilícese, está en buenas manos.

—Le pregunté dónde.

—En un sanatorio.

—¿Qué clase de sanatorio?

La rubia no le dijo nada, y Kitty prosiguió:

—Es una tontería que lo pregunte, ¿verdad? Es una clínica de enfermos mentales...

Ande, dígame que me equivoco.

—No se equivoca —asintió Stephanie.

—¿Por qué me han traído aquí?

—No tiene que preocuparse por nada, la curaremos.

—No tienen que curarme. No estoy loca.

—Oh, no, desde luego.

—¡No me de la razón como si efectivamente fuese una perturbada!

—Sí, señora Clifford.

Hubo un silencio. La joven cerró los ojos.

—¿Cuándo me han traído aquí?

—Hace cosa de una hora.

—Eso quiere decir que me trajeron desvanecida.

—Sí, sufrió un ataque.

—Mi marido me golpeó, pero no pude estar desvanecida una hora. Me tuvieron que dar algún brebaje para que no les molestase mientras me trasladaban a esta clínica.

La joven saltó de la cama.

—Quédese ahí, señora Clifford —dijo Stephanie.

—Voy a salir de aquí.

—No está en situación de salir a la calle con esa ropa.

—No me importa ahora la ropa. Le aseguro que no voy a ir a un desfile de modelos.

Sólo quiero ser libre.

—Claro que sí, señora Clifford... Usted será libre algún día.

—Quiero serlo ahora.

—Debo advertirle algo, señora Clifford. La mayoría de los pacientes que atendemos en esta clínica dicen lo mismo que usted. Quieren gozar de la libertad, marcharse. Imagine qué pasaría si nosotros accediésemos a sus deseos.

—No sé cómo son los otros pacientes, Stephanie; pero yo estoy en mi sano juicio. —Sí, señora Clifford.

Volvían a empezar. La enfermera le daba la razón.

—Saldré de aquí, a pesar de usted, Stephanie —dijo con decisión.

La enfermera siguió sonriendo mientras apoyaba la mano en la pared.

—Muy bien, señora Clifford, si quiere marcharse, puede hacerlo.

Kitty se encaminó hacia la puerta; pero antes de llegar, ésta se abrió y penetró en la estancia un hombre de casi dos metros de talla, fuerte como un gladiador, cuello de toro. Se cubría con una bata de enfermero con manga corta.

—¿Ocurre algo, Stephanie?

—La nueva paciente me pidió que la dejase pasear por Central Park, Joe.

El llamado Joe rió por su ancha bocaza mientras observaba atentamente a Kitty.

—Bueno, nena, un día de éstos dejaré que te cuelgues de mi brazo y yo te llevaré a Central Park. Nos sentaremos en un banco y comeremos palomitas de maíz. Si te portas bien, puede que luego haya un extra.

—Cierre la boca ya, mamarracho —repuso Kitty, rabiosa.

—¿Eh?

—No soy una paciente como las demás.

—Oh, ya comprendo, no eres una chica corriente. Tú eres Josefina.

—¿Josefina?

—La esposa de Napoleón.

La joven volvió la cabeza hacia Stephanie.

—¿Qué es esto, un enfermero o el paciente de la habitación de al lado?

Joe lanzó una carcajada.

—Stephanie, la chica tiene mucha gracia, casi tanto como la loca del 7.

La joven se volvió con los brazos en jarras.

—Enfermero, yo no estoy loca.

La puerta se abrió nuevamente dando paso a un hombre que parecía poseer unos ojos monstruosos debido a los lentes de alta graduación que usaba. Se cubría también con una bata blanca y frisaba en los cincuenta años.

—¿Qué pasa, Joe?

—Buenas tardes, doctor Holmes. La enfermera Stephanie hizo la señal de emergencia. Al llegar aquí, me encontré con que la chica iba a largarse.

—¿Cuántas veces quiere que se lo diga, Joe? Le prohibí terminantemente que tome confianza con las pacientes.

A pesar de lo grandote que era, Joe pareció un perro apaleado.

—Disculpe, doctor.

—Si esto se vuelve a repetir, tendré que despedirlo.

—Descuide, doctor Holmes. Tendré en cuenta mis obligaciones.

—Eso espero, Joe. Es mi última advertencia.

—Sí, doctor.

—Ahora apártese a un lado. Quiero hablar con la paciente.

Holmes dio unos pasos hacia Kitty.

—¿Cómo se encuentra, señora Clifford?

—Muy mal.

—Es lógico, después del ataque que ha sufrido.

—¿Quién le ha dicho que he sufrido un ataque?

—Su marido, naturalmente.

—Quiero manifestarle algo, doctor Holmes. Mi esposo le ha engañado.

—¿Sí?

—Me encuentro perfectamente. No he sufrido un ataque. Lo único que ocurre es que me golpearon... Míreme la barbilla. Todavía me duele —se tocó el lugar donde había recibido el puño de Spencer.

—Su esposo me contó que sufrió un ataque de histerismo. Rompió varios objetos y terminó por tropezar con algo y se derrumbó en el suelo.

—Entiendo, y entonces fue cuando me golpeé en el mentón.

—Sí, señora Clifford.

—Doctor Holmes, ha de creerme a mí y no a mi esposo.

—Está bien, señora Clifford. La creo a usted. Ahora la enfermera le administrará un sedante.

—No quiero ningún sedante. Ya dormí mucho. Sólo deseo que me dejen salir de este encierro.

—Ha de tener un poco de paciencia.

—No puedo tener paciencia.

De pronto la joven se interrumpió agrandando los ojos.

—Usted es el doctor Holmes...

—Sí, ése es mi nombre...

—Doctor Holmes, a usted también le engañaron.

—¿Sí?

—No me refiero ahora, sino antes, con el abuelo... Jonathan Clifford no murió de un infarto de miocardio como usted diagnosticó. Ellos lo mataron: mi esposo, la tía Norma y los demás miembros de la familia Clifford.

—¿De qué me está hablando?

—Se lo repito. Jonathan Clifford fue asesinado.

—Señora Clifford, asistí durante muchos años a Jonathan Clifford, fui su médico de cabecera y sé que su muerte obedeció a causas naturales.

—Oh, no, es imposible.

—¿Quiere saber de medicina más que yo, señora Clifford?

—No se trata de eso, pero tengo la certidumbre de que los Clifford se han confabulado, para poder heredar a su abuelo.

—No tengo por costumbre contradecir a un paciente que se encuentra en su caso, señora Clifford, pero excepcionalmente le diré que está equivocada.

—¡No lo estoy!

—Norma, Spencer y los otros Clifford heredaron de Jonathan el año pasado.

La joven se volvió señalando a Stephanie.

—Su enfermera también está de acuerdo con ellos. No me cree, ¿eh, doctor?

Pregúntele.

—¿Se refiere a Stephanie? ¿Qué es lo que tengo que preguntar a la señorita Gordon?

—La conocí anoche en casa de los Clifford. Ella estaba en el dormitorio de Jonathan.

—¿En el dormitorio de Jonathan Clifford?

—El abuelo estaba en la cama.

—De modo que el abuelo salió de la tumba para recibirla a usted, ¿verdad, señora Clifford? Ya me dijeron que se casó recientemente con el señor Clifford.

—Oh, no, ya sé que no era el abuelo; pero ellos me lo quisieron hacer creer y también su enfermera Stephanie. Le repito que todos estaban representando un papel.

Confíeselo, Stephanie, diga la verdad.

La enfermera Stephanie Gordon sonrió.

—Sí, señora Clifford, diré la verdad. Nunca estuve en casa de los Clifford, jamás conocí a ese personaje del que habla, el abuelo...

—¿Por qué miente? —gritó Kitty—. ¿Cuánto le pagó él...? Y ya sabe a quién me refiero, a Spencer Clifford, mi marido. El es el jefe de la confabulación. El fue quien me engañó...

—Señora Clifford —intervino el doctor Holmes con voz seca—.

Usted debe suponer que tenemos medios para lograr que nuestros pacientes se porten bien. Quiero que se acueste y que permanezca en la cama. La volveré a visitar mañana. Hasta entonces no quiero oír una sola queja de su comportamiento en mi clínica. ¿Estamos de acuerdo?

La joven estaba poseída por una sorda ira. Había sido víctima de una confabulación. No sabía por qué ocurría todo aquello. Era terrible su confusión mental. Sí, un poco más y quizá perdería realmente el juicio. Pero tal como estaban las cosas nada podía hacer. Allí había un doctor, una enfermera y, por añadidura, aquel gorila de casi dos metros de talla, dispuesto a impedirle que llegase hasta la puerta.

—Sí, doctor —dijo cuando llegó a esa conclusión.

El doctor emitió un gruñido.

—Dejen a la paciente sola.

Los tres salieron de la estancia y Kitty oyó cómo la puerta era cerrada con llave desde el exterior.

Volvía a ser una prisionera, lo mismo que en la mansión de los Clifford. Y de nuevo se cernía un peligro de muerte sobre su cabeza. Lo presentía. Por otra parte, había sido demasiado ingenua al hablar al doctor Holmes del supuesto asesinato de Jonathan Clifford. ¿No estaba allí Stephanie? ¿No significaba eso que también el doctor era un cómplice de la familia Clifford?

Había una pregunta sobre todas las demás que golpeaba una y otra vez en su mente. ¿Por qué la habían elegido a ella? Si la querían matar, ¿por qué no lo habían hecho en la casa? Era absurdo que la llevasen allí si querían asesinarla. ¿Qué ganaban con hacerla desaparecer? ¿O es que había caído en manos de una familia de locos...? Eso era absurdo.

En una sola familia no podían existir tantos.

Existía un misterio insondable en el que ella no podía penetrar; y, lo peor de todo, se moriría sin saber por qué los Clifford la habían marcado como su víctima propiciatoria.

CAPÍTULO VIII

La rubia Stephanie Gordon entró en la habitación número 27.

DE pronto, algo chocó contra su cabeza y se vino abajo desvanecida.

Kitty la había golpeado con el puño en la nuca.

Se asustó al pensar que la hubiese matado.

Pero no, sólo estaba sin sentido.

Sacó la llave del bolsillo de Stephanie y cerró la puerta por dentro. Al cabo de cinco minutos, Kitty se había convertido en la enfermera y la rubia descansaba en la cama, todavía sin recuperar el conocimiento.

Entonces Kitty abrió la puerta con mucho cuidado y al ver el corredor desierto, se decidió a salir.

Caminó hacia la escalera con paso resuelto, cuando oyó voces en la esquina del corredor.

—Sí, Aldous, tenías que haber visto a la del 27. Es algo fenomenal.

El hombre que hablaba era el gorila llamado Joe.

—¿Por qué no me invitas a verla?, Joe. —Preguntó su interlocutor que respondía al nombre de Aldous.

—Ya sabes que no tengo la llave. Es cosa de Stephanie.

Aldous se echó a reír.

—¿Y para qué sirve mi llave maestra?

Kitty sintió un escalofrío por la espina dorsal. Su fuga iba a ser descubierta.

Bajó rápidamente la escalera.

Estaba en la segunda planta, todavía.

Por fortuna no encontró a nadie en su camino y pudo llegar al amplio *hall*.

Si lo cruzaba, la recepcionista la vería.

De pronto, la vio levantarse y desaparecer en la oficina.

Aquél era su momento.

Echó a andar rápidamente.

Cruzó el vestíbulo con la mirada fija en la puerta.

Ocho metros la separaban de la libertad. Siete... Seis...

—Enfermera...

La voz había sonado a su espalda, una voz varonil, pero ella siguió andando.

—Por favor, enfermera —oyó pasos y no tuvo más remedio que detenerse porque era evidente que se dirigían a ella.

Sería peor si echaba a correr, porque la cazarían enseguida.

Al dar la vuelta se encontró con el hombre que poco antes había visto en el sillón leyendo el diario. Era un joven de unos veintiocho o veintinueve años, rubio, cara simpática, ojos muy azules.

—Perdone, enfermera, ¿su nombre no es Geraldine Temple?

—No, señor.

—Disculpe, entonces. Vine a ver a Geraldine, su compañera... Estoy de paso en la ciudad —sonrió—. Un hermano de Geraldine y yo somos amigos en Chicago. Hace un momento la telefonista me dijo que había avisado ya a Geraldine y no tardaría en llegar... Bueno, la verdad es que mi amigo sólo me dio una descripción de su hermana, y al verla a usted de espaldas...

Kitty estaba enfrentada al ascensor. Las puertas de éste se abrieron y por el hueco apareció el gorila llamado Joe.

La joven creyó morir cuando Joe la descubrió junto a aquel hombre que vivía en Chicago.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó Kitty.

—Drake Ford.

—Geraldine ya marchó, señor Ford.

—¿Cómo? Me dijeron que estaba en la sala de urgencias.

—Sí, es cierto, estaba en la sala de urgencias, pero salió hace unos minutos por la puerta de emergencia. Pero Geraldine y yo hemos quedado citadas en la ciudad. Ya acabé mi turno. ¿Trae coche?

—Sí.

—Entonces, le invito a que me acompañe y así podrá ver a Geraldine.

—Me parece muy bien. Gracias, señorita...

—Sader... Kitty Sader...

Para aquel entonces, el gorila había llegado cerca de ellos.

—Eh, amiguita, ¿qué es lo que hace aquí?

Kitty alzó la barbilla.

—Joe, ya le he dicho que no pienso salir con usted aunque me lo proponga mil veces.

—¿Eh?

—Se comportó usted muy groseramente el otro día. Bueno, es preferible que rompamos. Mi honestidad no me permite seguir hablando con usted...

Drake Ford miraba a uno y otro interlocutor con las cejas enarcadas.

Joe torció la boca de una forma desagradable. Su voz sonó carrasposa, llena de jactancia:

—Nena, se la pegas a tu abuelo. Tú vas a venir conmigo donde yo quiera.

Diciendo eso, atrapó a Kitty por la muñeca.

—¡Miserable! —exclamó Kitty—. Pero me defenderé con uñas y dientes antes de permitir que usted haga lo que pretende hacer conmigo.

—Cuando tú y yo estemos en la habitación, ya verás cómo estás más suave que un guante.

Drake Ford chascó la lengua.

—Eh, amigo, siento estropearle el plan, pero usted se va a volver a la caverna de donde salió.

Joe miró a Drake interrogativamente.

—¿Qué ocurre, amigo?

—¿Va a soltar a la chica? Ella se viene conmigo.

—Vaya, un valiente... Ande, sea buen chico y vaya corriendo a tomarse el biberón de las ocho.

Drake hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien, Joe, me tomaré el biberón..., después que usted se haya ido con los angelitos...

Lo que siguió después ocurrió demasiado aprisa para ser captado por el ojo humano. Sonó un chasquido y Joe se desplomó dando vueltas de campana, quedando de bruces sobre la alfombra.

Drake Ford se miró el puño derecho despellejado, pero no le dio

la menor importancia.

—Cuando quiera, señorita Sader.

La recepcionista todavía no había salido de la oficina.

—Caramba, señor Ford, es usted muy fuerte... —dijo Kitty, emocionada y agradecida.

—Me entreno todos los días para no perder la forma.

—¿Es boxeador?

—Sólo lo fui en la universidad, aunque llegué a campeón de los pesos medios.

—Dese prisa, señor Ford, o llegaremos tarde a la cita con Geraldine.

—No se preocupe, correremos como una flecha.

El coche era un modelo de aquel año y en pocos segundos se puso a correr a ochenta millas por hora.

Kitty había llegado ya a la conclusión de que la clínica del doctor Holmes se ubicaba en las afueras de Nueva York.

Dio un suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos.

—¿Cansada? —Oyó que preguntaba él.

—Sí, mucho.

—Siempre he pensado que la profesión de enfermera era admirable.

Kitty pensó en Stephanie.

—Sí, muy sufrida —contestó—. Especialmente cuando le pegan a una el golpe del conejo.

Ford la miró asombrado.

—¿El golpe del conejo?

—Oh, disculpe —quiso rectificar Kitty—. Llamamos así entre las enfermeras al cansancio que produce permanecer demasiado tiempo en el quirófano.

—Comprendo.

Siguieron viajando en silencio.

De pronto, Drake preguntó:

—¿Qué va a hacer con el asunto de Joe?

—¿Qué me aconseja usted?

—Que lo denuncie al director. Lógicamente lo deben despachar. No comprendo cómo toleran a un tipo como ése allí. Tiene todo el aspecto de un indeseable y lo peor es que lo demuestra con los

hechos.

—Sí, tendré que denunciarlo; aunque entonces corro el peligro de que Joe me espere un día en cualquier esquina para vengarse.

—Siento decírselo, pero ese tipo me parece capaz de todo. ¿No sería mejor para usted marcharse de ese hospital, Kitty?

—Sí, creo que ésa es la única solución más efectiva. Abandonaré la ciudad.

—¿Y a dónde va a ir?

—Volveré a mi pueblo, a

Owa-Owa,

Nebraska.

El nombre de su pueblo le hizo recordar algo. Cuando se presentó por primera vez en casa de Spencer Clifford, su futuro marido le habló de los quesos de

Owa-Owa.

Ahora comprendía que se había burlado de ella. No, él no podía saber que en

Owa-Owa

fabricaban los mejores quesos de Nebraska. Ella le había contado eso a Gorman, el agente artístico, de modo que Gorman tenía que haber hablado con Spencer después que ella salió de la oficina del agente artístico. Todo ello quería decir que Gorman formaba parte de la confabulación.

Era cierto lo que le había dicho a Drake, que pensaba marcharse de Nueva York, volver a su pueblo; pero ahora los acontecimientos tomaban para ella un nuevo giro. ¿Y si intentase arrancar el secreto a Gorman...? Pero ¿cómo lo podía hacer? Ella era una mujer y Gorman un hombre gordo. Una idea cruzó por su mente. Otra vez miró al rubio Drake Ford. Había sido boxeador, y le acababa de hacer una demostración de su fuerza. De haberse anunciado la pelea entre el rubio y el gorila Joe, cien de cada cien espectadores hubieran apostado por el enfermero. ¡Y a Drake le había bastado un solo puñetazo para librarse de su rival!

Drake Ford. Ése era el mejor aliado que podía encontrar para desenmarañar el ovillo.

Pero ¿cómo lo iba a conseguir?

Se puso a cavilar. Tenía que lograrlo de alguna forma.

Estaban llegando a la ciudad.

—¿Cuál es el lugar donde quedó citada con Geraldine? —preguntó Drake Ford.

—Un bar de la calle 42, El Tobogán. —Era el único que conocía.

Quince minutos más tarde, entraban en El Tobogán. Kitty dirigió una mirada por el local.

—Todavía no ha venido.

—Bueno, esperaremos.

Un camarero los acompañó a una mesa.

Ford pidió un *whisky* y Kitty un café.

—¿Cuánto tiempo estará en Nueva York, señor Ford? —Regreso esta noche a Chicago.

Kitty se sintió acongojada. ¿Cómo iba a convencer a Drake Ford para que la ayudase, si tenía que salir de la ciudad tan pronto?

—¿Está casado, señor Ford?

—¡Oh, no!

—¿Le tiene aversión al matrimonio?

—No es eso, pero sólo hace seis meses que empecé un negocio y hasta que de resultado no puedo pensar en esposa, hijos y todo lo demás.

—¿A qué se dedica?

—Si se lo digo se reirá.

—Prometo no reírme.

—Muy bien. Inventé una caña de pescar.

—¿Qué?

—¿Lo ve? Ya está a punto de echarse a reír.

—Oh, no, y siempre he pensado que los inventores son unos hombres extraordinarios.

—Entonces, es usted una excepción.

—¿Por qué lo cree así?

—Cuando uno inventa un motor o algo relacionado con la física atómica, lo consideran una persona importante; pero inventar una caña de pescar parece cosa de chiste.

—¿En qué consiste su invento?

—Es un nuevo sistema. En realidad, afecta a toda la caña, incluida la lanzadora o carrete.

—¿Cree que tendrá éxito?

—Los aficionados a la pesca son gente un poco reacia a admitir que los útiles que dedican a su deporte favorito no son los

adecuados. Por regla general, ellos se los preparan y cuidan como si formasen parte de su propio ser. Me costará mucho trabajo imponer mi invento, pero estoy seguro de que al final comprenderán su utilidad, especialmente porque, gracias a él, se aumentan las posibilidades de cobrar piezas.

—Es usted muy hábil.

—¿De verdad lo cree así?

—¿Ni siquiera tiene novia?

—No, no hay nadie.

—Bueno, es usted muy modesto. Seguro que por su local aparecen, chicas que quieren dedicarse a la pesca, pero no es precisamente un pez lo que quieren cobrar con su anzuelo.

—Es muy ingeniosa su comparación, señorita Sader, y admito esa posibilidad.

—¿Picará usted al fin?

—No, me temo que no —contestó él, mirándola fijamente a los ojos.

Ella bebió su café y él su *whisky*.

—Bueno —dijo Kitty—. Me temo que Geraldine no va a venir... Seguro que la llamó Philip...

—¿Quién es Philip?

—El muchacho con el que Geraldine está saliendo últimamente. Hacen proyectos para el futuro.

—Siento mucho no ver a Geraldine, pero me tendré que marchar. ¿Quiere hacerme un favor, Kitty? Entréguele el regalo que le traía en nombre de su hermano.

Drake sacó un paquete del bolsillo.

—Son unos pendientes —dijo Drake.

—Se los daré mañana a Geraldine —respondió Kitty haciéndose cargo del paquete.

Drake consultó su reloj.

—Quiero salir antes de una hora de Nueva York y debo pasar por mi hotel para retirar el equipaje.

—Ah, señor Ford, ¿quiere hacerme un favor?

—Desde luego.

—He de hacer una visita cerca de aquí, en la otra calle. Si usted quisiera acompañarme... No me gusta ir sola. Se trata de una persona muy desagradable.

—¿No se trata nunca con personas simpáticas? —sonrió Drake.

—Yo no elijo a mis amigos, desgraciadamente.

—Debería hacerlo, Kitty. La vida nos la complicamos nosotros mismos.

—Es una gran verdad, señor Ford, y le prometo que, a partir de ahora, lo tendré en cuenta. Pero ¿me acompañará usted?

—Sí, desde luego, pero no debe demorarse mucho.

—Terminaré enseguida, yendo con usted.

Foco después, Kitty y Drake subían por la escalera que conducía a la oficina del agente Ernie Gorman.

Kitty abrió la puerta de cristal esmerilado.

La secretaria rubia platino ya no estaba allí, pero le llegó la voz de Gorman que estaba hablando en su despacho.

Sin anunciarse, pasó al interior seguida de Drake.

Gorman estaba sentado en su sillón, hablando por él micro.

CAPÍTULO IX

—Caramba, señorita Sader, no la había reconocido al pronto.

—¿De veras?

—¿De dónde sacó ese traje de enfermera...? Oh, ya sé, cambió de idea y en lugar de hacer Julieta está haciendo una comedia que transcurre en un hospital. ¿Por casualidad no será la comedia *Mujeres de blanco*? Si es así, le vaticino un gran éxito. Es una obra que está dando mucho dinero. Además, usted es una buena comedianta.

—¿Ya terminó de decir tonterías, señor Gorman? —repuso Kitty.

—Eh, ¿qué le pasa?

—Usted sabe perfectamente por qué estoy vestida de enfermera. Tuve que irme del hospital donde me habían encerrado como si estuviera loca.

—Eh, oiga, no entiendo una palabra de eso.

Drake se había quedado con la boca abierta al escuchar lo que decían Kitty y el agente artístico.

—Eh, señorita Sader, yo tampoco entiendo nada. ¿Qué está diciendo este hombre?

¿Acaso no es enfermera?

—No, no lo soy.

—No me diga que tampoco conoce a Geraldine.

—No sé quién es.

—Y apuesto a que tampoco se llama Kitty Sader.

—Eso es lo único cierto que le he dicho, señor Drake.

—Bueno, amigos, su conversación es muy amena —dijo Gorman, levantándose—, pero yo tengo prisa, de modo que pueden continuar hablando en la calle, si no tienen inconveniente.

—Antes de que me marche, usted me va a decir toda —la verdad

— dijo Kitty.

—Oiga, señorita Sader, no sé a qué se refiere.

—Usted se puso en combinación con Clifford. Sabía que no había tal interpretación del papel de Julieta, que el señor Clifford no necesitaba una comedianta, sino una mujer que reuniese ciertas condiciones para poder casarse con ella, una joven que, por ejemplo, no tuviese familia en Nueva York, que estuviese poco relacionada y que se hallase en busca de trabajo.

—Repito que no sé de qué está hablando. Yo soy un agente artístico y, cuando me piden un rey Lear, un Ricardo, un Romeo, un Otelo u otro personaje de cualquier obra, ordeno a mi secretaria que consulte el fichero, y si encontramos la persona adecuada, la sirvo.

—Eso fue lo que hizo cuando Clifford le pidió una mujer. Consultó su fichero y vio que la joven que reunía las condiciones que el señor Clifford exigía era Kitty Sader. Yo vine aquí por primera vez hace dos semanas y fue entonces cuando su secretaria me hizo la ficha. Así pudieron enterarse de todo lo que se relacionaba conmigo.

Gorman exhaló el aire ruidosamente.

—Señorita Sader, tengo que rogarle que abandone mi oficina. Y todavía hay algo más. ¡No vuelva por aquí!

—No se preocupe, señor Gorman. Jamás volveré a poner los pies en su oficina, pero antes me va a decir qué hay detrás de la petición de Clifford.

—Sólo soy un agente que se dedica a servir artistas a los empresarios que me las solicitan.

—Esta vez amplió la esfera de su profesión, señor Gorman.

—Si no sale de aquí ahora mismo, llamaré a la policía.

Gorman alargó la mano hacia el teléfono.

—Dejó el auricular quieto, señor Gorman —dijo Drake Ford.

—¿También se pone usted de su parte?

—Aquí hay un lío muy grande y quiero enterarme de lo que ha pasado.

—Yo se lo contaré, señor Ford —dijo Kitty e hizo un relato concreto y abreviado de los sucesos que había protagonizado a partir del momento en que llegó a la casa de Spencer Clifford, enviada por Gorman y que terminó con su fuga del hospital de

enfermos mentales.

Cuando la joven hubo terminado, Drake Ford había convertido sus ojos en rendijas.

Gorman estaba nervioso, dando chupadas a su grueso cigarro.

—Señor Gorman —dijo Drake—. Quiero que aporte su parte a la sórdida historia que acabo de oír de labios de la señorita Sader.

—No sé una palabra de todo eso.

—Y yo no lo creo... Opino como la señorita Sader, que usted tiene que estar enterado de las razones de Clifford.

Gorman abrió de pronto un cajón y metió la mano dentro.

Drake fue a saltar sobre el agente artístico, pero se detuvo al ver que Gorman lo estaba apuntando ya con una pistola.

—Quédese ahí quieto, amigo, o le hago un agujero en la camisa.

—No se exalte, Gorman. Si no tiene nada que decir, nos iremos.

—Ahora no.

—¿Por qué no?

—Tengo que hacer una llamada y ustedes esperarán.

—Ya entiendo, avisará a la policía.

—No, esta vez no va a ser a la policía. Me pondré al habla con el señor Clifford.

—¿Para qué quiere hablar con el señor Clifford?

—Le diré que está aquí su mujercita con un amigo que conoció durante su fuga.

—Eso significa que admite su participación en el asunto...

—No, amigo, no. No sé nada. Clifford me pidió una mujer que reuniese ciertas condiciones, como ha dicho Kitty. Pensé que sólo quería pasar el rato con ella, pero ya veo que la cosa es de más envergadura. El señor Clifford y yo vamos a sostener un diálogo... Ahora de pronto me he dado cuenta de que pagó demasiado poco. Tendrá que aumentar el precio porque le rendí el servicio mayor de lo que él decía. Por añadidura, le voy a devolver a su esposa.

—Usted no hará eso... —Drake dio un paso hacia la mesa.

—Si se mueve otra vez, aprieto el gatillo. No lo olvide.

—Corriente, Gorman, estamos en sus manos. Me estaré quieto.

—Así está mucho mejor.

Gorman se movió por detrás de la mesa hacia el teléfono. Tuvo que agacharse para atrapar el receptor. Sostuvo éste entre el hombro y la mejilla y luego se puso a marcar en el disco.

Drake Ford saltó como si hubiese sido lanzado por una catapulta.

Gorman tuvo que enderezarse para disparar.

Pero antes de que se produjera el estampido, Drake cayó sobre Gorman.

Los dos rodaron por el suelo. Drake sujetaba la mano armada del agente artístico.

Dos segundos después, su puño percutió contra el maxilar de Gorman, y éste se relajó quedando desvanecido.

Kitty ya había atrapado un cenicero de bronce, una figurita que representaba la venus de Milo, y estaba junto a los contendientes para estrellar su improvisada arma en la cabeza de Gorman.

Drake, vencedor, al ver a la joven con la estatua lista para golpear, la detuvo.

—Cuidado, sólo me falta que tuviesen que vendarme la cabeza.

—Menos mal que usted ganó.

Drake se puso en pie. Tenía la pistola de Gorman en la diestra.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Kitty.

—Llamaremos a la policía. Ella se ocupará de todos.

—Oh, no, prefiero que lo haga usted.

—Ya le dije que me he de ir a Chicago y éste es un asunto para que sean los policías quienes lo resuelvan.

—No podrán hacer nada.

—¿Por qué no?

—¿Es que no se da cuenta, Drake? Toda mi aventura es anormal, pero no puedo probar nada ante la policía, ni siquiera un crimen. Yo soy la esposa de Clifford, lo quiera o no. Hay un montón de testigos, los Clifford, el doctor, la enfermera, Joe y Gorman, dispuestos a jurar que estoy loca... Yo le diré lo que pasará entonces. Me volverán a encerrar en ese sanatorio.

—Muy bien, lo que dice me parece razonable, pero ¿qué quiere que haga yo?

—Que me ayude.

—¿Se ha creído que soy Perry Mason?

—Es posible que aquí Perry Mason no tuviese nada en qué hincar el diente.

—Hace mucho honor a mi inteligencia, Kitty.

Drake se miró las manos.

—Y a sus puños.

—De modo que es eso, mis puños, los que quiere que ponga en marcha *pajea* descifrar el misterio que la rodea...

—Sí, Drake... Me temo que sólo así podemos saber qué hay detrás de esa historia acerca de un abuelo resucitado... —La joven se interrumpió—. ¡Cielos, el falso abuelo...! Eso es, ¿cómo no lo pensé antes? El hombre que interpretó el papel de Jonathan Clifford tiene que estar al corriente de todo.

—Es un comediante, ¿eh?

—De lo mejor que he visto.

Los dos miraron al mismo tiempo a Gorman.

—Está pensando lo mismo que yo, ¿verdad, Drake?

—Si era un comediante, ¿por qué no lo aportó Gorman también? Drake se acercó a una mesa y atrapó un jarrón del que quitó las flores. Luego volcó el agua sobre la cabeza de Gorman.

El agente artístico volvió en sí, ahogándose. Instintivamente dio unas brazadas, quizá bajo la impresión de que lo habían arrojado al mar.

—Eh, ¿dónde estoy?

—Sigue en la oficina —le contestó Drake.

Gorman admiró a los dos jóvenes con los ojos congestionados de ira.

—Esto me lo van a pagar. Han violado mi domicilio, han atentado contra mi vida... —Todavía no he atentado contra su vida, Gorman; pero quizá lo haga ahora mismo— repuso Drake.

Drake levantó el revólver y apoyó el cañón entre los ojos de Gorman.

—Eh, ¿qué va a hacer? —dijo Gorman, asustado.

—Volarle la cabeza...

—No puede hacer eso... ¡Soy inocente!

—¿Para qué quería Clifford una esposa?

—Le juro que no lo sé... Se lo juro por mis tres hijos.

—Me niego a admitir que un tipo como usted haya podido tener hijos... Sería muy malo para la humanidad... Ande, Gorman, conteste a mi pregunta acerca de las intenciones de Clifford.

—No sé nada... Le estoy diciendo la verdad... Creí que el señor Clifford sólo quería a la muchacha para hacerle el amor.

—¿Qué hay del otro hombre que le envió a Clifford? Ya sabe, el

viejo.

Gorman hizo un gesto de sorpresa, lo cual indicó a Drake que estaba en el buen camino.

—Estoy esperando su respuesta. Gorman. Deje pasar tres segundos más y aprieto el gatillo.

—Su nombre es Monk Ritter.

—¿Dónde vive?

—En la calle 162, Este.

—¿Para qué dijo Clifford que lo quería?

—Me dijo que necesitaba un hombre de buenos modales y aspecto aristocrático, para que lo representase en una reunión.

—Está mintiendo.

—Es la pura verdad. Me dijo que me pagaría doscientos dólares si le encontraba esa clase de tipo... Oiga, yo soy un agente artístico y no me interesa conocer las razones por las que necesitan a mis representados... Usted sabe que la mayoría de los artistas están cesantes.

Yo les procuro trabajo para ganar el dinero que necesitan para vivir.

—No siga, Gorman, o me hará llorar.

—Jamás me meto en líos.

—Le voy a dar un consejo, Gorman. Olvídese de Clifford y de nosotros.

—No hace falta que me de ese consejo. Lo de Clifford sólo me ha traído preocupaciones.

—Entonces, lo que necesita es dormir un poco —dijo Drake, y le volvió a golpear con la zurda.

Gorman exhaló un gemido y quedó de nuevo acostado en el suelo, sin conocimiento.

—No podemos hacer otra cosa Kitty. Es lo que usted dijo antes. Ni siquiera lo podemos entregar a la policía.

—Sí, Drake.

—Vamos a ver a Monk Ritter.

Guardó la pistola, tomó a la joven del brazo y salieron de la oficina.

Kitty y Drake se detuvieron ante la puerta marcada con el número 14, donde según les había dicho el encargado de la casa vivía Monk Ritter.

Drake puso la mano en el tirador y lo hizo girar silenciosamente, pero la puerta estaba cerrada con llave por dentro.

Entonces pulsó el timbre.

Oyéronse pasos en el interior y luego una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Abra, señor Ritter, soy Coleman McDickson, empresario teatral de Chicago.

—¡Infiernos, Coleman! —exclamó el que estaba dentro, y abrió la puerta.

Ante los ojos de Kitty apareció el viejo que había conocido el día anterior en la casa de Clifford, pero entonces él estaba tendido en una cama.

Ritter todavía no había reparado en ella porque tenía el ceño fruncido, mirando a Ford.

—Usted no es Coleman.

—Ni tampoco usted es Jonathan Clifford —repuso Drake, entrando en la habitación.

Ritter reparó en Kitty y su cara se puso pálida, pero forzó una sonrisa mientras la joven entraba.

—Hola, muchacha.

—¿Cómo está, abuelito? Bueno, en realidad no hace falta que le pregunte. Ayer estaba moribundo y hoy se encuentra muy rejuvenecido.

—Eso es debido a las hormonas. Las tomo hace tres años —contestó Ritter, mientras cerraba la puerta.

Los jóvenes se volvieron hacia Ritter. Éste se frotó las manos un poco nervioso.

—Sólo puedo ofrecerles café.

—No nos llegamos aquí para beber su café, señor Ritter, sino para que nos diese una explicación de lo que usted hizo ayer en casa de la familia Clifford.

—¿Es usted policía? —preguntó a Drake.

—Como si lo fuese.

—Bueno, yo no he hecho nada malo. A las diez de la mañana recibí una llamada telefónica de Ernie Gorman. Me dijo que si

quería interpretar el papel de abuelo en una casa particular. Agregó que yo debía ser un hombre con mucho carácter, aunque moribundo. Pregunté en honor de quién se daba la representación y me dijo que eso lo explicaría el señor Spencer Clifford. Me dio la dirección de la casa, fui allí y el señor Clifford me explicó que sólo tenía que actuar como abuelo durante un rato, para recibir a su esposa. Le pregunté por qué y me dijo que sólo se trataba de una broma. Mientras me contestaba me alargó un fajo de billetes. Los conté. Eran trescientos dólares. Bueno, la verdad es que en mi vida he cobrado trescientos dólares por un día de representación y le aseguré al señor Clifford que haría el mejor papel de mi vida.

Guardó un silencio, dando unos pasos por la estancia, y se detuvo ante Kitty.

—Al poco rato de haber salido usted, Spencer Clifford vino al dormitorio y me dijo que me podía marchar. Yo así lo hice. Es lo único que sé. El señor Clifford me acompañó hasta la puerta y me dijo que estaba muy satisfecho de mi actuación. Eso es todo. —¿Nos dice la verdad?

El actor se puso la mano sobre el corazón.

—Sí, amigo. No he quitado ni puesto nada. Ha sido la pura verdad. ¿Por qué les iba a engañar?

Kitty estaba decepcionada.

—Pensé que usted me podría dar alguna idea de por qué Clifford montó ese tinglado.

—¿No fue una broma?

—No, señor Ritter. Puede estar seguro de que le contrataron para algo más importante que embromarme...

—Lo siento, pero no puedo agregar nada a lo que ya he dicho.

—Gracias, Ritter —dijo Kitty.

Los dos jóvenes abandonaron la habitación, y cuando se encontraron otra vez en el coche, Kitty dio un suspiro.

—¿Qué hacemos ahora?

Drake consultó su reloj.

—Ya tenía que estar en mi camino de Chicago.

—¿Sólo piensa en eso, en marcharse?

—No me gustaría hacerlo dejándola a usted sola. Está a merced de esa gente y, por otra parte, cada vez me siento más interesado en conocer los motivos que impulsaron a Clifford a casarse con usted.

Si se tratase sólo de él, sería fácil llegar a la conclusión de que se trata de un loco, pero ¿y el resto de la familia? Según me ha contado, todos los miembros secundaron a Clifford. Nunca he visto una familia tan numerosa, tan de acuerdo en la ejecución de un mismo plan. Todos ellos le dijeron lo mismo, que el abuelo había muerto. Todos perseguían el mismo fin, hacerla pasar por loca encerrándola en la clínica del doctor Holmes.

—Está haciendo un buen resumen, Drake, pero siempre venimos a parar a la misma pregunta. ¿Por qué lo hicieron? Y lo peor es que no existe una respuesta.

—Ha de existir.

—Lo mismo digo yo, pero no doy con ella.

Encendieron cigarrillos en silencio.

De pronto, Drake hizo chascar los dedos.

—Sólo existe una solución.

—¿Cuál?

—¿Eh?

—Sí, es eso mismo que está pensando. Ir a la casa de los Clifford. Quiero conocer a esa familia tan interesante.

CAPÍTULO X

Paul, el mayordomo de los Clifford, estaba sentado ante una mesa, en la cocina, haciendo unos números en un papel, cuando sintió que la puerta trasera se abría.

Volvióse y quedó asombrado al descubrir a Kitty, seguida de un joven al que no había visto nunca.

Se puso en pie de golpe.

—Señora Clifford, ¿usted aquí?

—Buenas noches, Paul. Te presento a Drake Ford, un amigo.

—¿Cómo han podido entrar?

—Soy inventor, Paul —respondió Drake—, y para un hombre como yo resulta fácil descerrajar una cerradura. La que defiende la puerta de hierro es un poco deficiente.

Deberías aconsejar al señor Clifford que la cambie.

—No comprendo —tartamudeó el mayordomo.

—Paul —dijo Kitty—. Imagino que todos los Clifford están en la casa.

—Si se refiere a su esposo, él no está.

—¿En dónde se encuentra?

—Salió hace una hora, pero el señor Clifford no tiene por costumbre decirme adónde va.

—Está claro, Kitty —dijo Drake—. Gorman hizo una llamada a su esposo y él fue a su encuentro para informarse de lo que ocurrió en la oficina. Bueno, Paul, Kitty y yo hemos venido aquí para conocer la historia completa de los Clifford.

—En ese caso, pueden seguirme a la biblioteca. Allí hay un libro. El abuelo Clifford contrató a un periodista para que escribiera la historia de todos los Clifford, empezando por el primero que llegó a nuestro país.

—No nos interesa alejarnos tanto en el pasado, Paul —repuso Kitty—. Creo que aquel periodista desconoció la mejor parte del relato, porque los hechos ocurrieron mucho después que dio por terminada su obra. Y ya sabes a qué me refiero. Quiero conocer la razón que impulsó a Spencer Clifford a casarse conmigo.

—Imagino que el señor se enamoró.

—Voy a hacerte una advertencia, Paul —dijo Drake—. No me gustan los chistes en determinadas circunstancias. Kitty fue víctima de un engaño. Todos los Clifford, incluyéndote a ti, os pusisteis de acuerdo para engañarla. Cuando Kitty llegó a casa, Spencer te preguntó por el abuelo. Tú dijiste que estaba descansando, y eso no era cierto, puesto que el abuelo está enterrado junto a la capilla. ¿Qué tienes que decir a eso, Paul?

—Señor Ford, yo me limitaba a obedecer órdenes. —¿Y cuál fue la orden que te dio Spencer Clifford?

—Discúlpeme, pero no puedo hablar con un desconocido de las interioridades de la familia.

—Está bien, Paul, quizá ahora cambies de idea.

El mayordomo, agrandó los ojos al ver el arma que le apuntaba. Se mojó los labios con la lengua.

—Me temo que no puedo darle la respuesta que usted necesita.

—Deja que sea yo quien lo juzgue. Contesta ahora a mi pregunta. ¿Por qué participaste en el montaje del engaño?

—Yo sólo soy un criado, señor Ford. Tenía que obedecer órdenes. La señorita Norma y su sobrino Spencer Clifford me dijeron que un hombre representaría el papel del abuelo y que cuando llegase la esposa del señor Clifford, yo debía cooperar con ellos.

—Pero te darían una razón.

—No, señor. No me la dieron.

—Esto es estupendo. Todo el mundo ha obrado aquí sin saber por qué.

—La señorita Norma dijo que la cosa no tenía la menor importancia.

—Y tú la creíste.

—Disculpe, señor Ford, pero un mayordomo jamás puede preguntar el porqué de las decisiones de sus señores.

—¿Qué opinas, Kitty?

—Es posible que esté diciendo la verdad.

—¿Quién hay ahora en la biblioteca, Paul?

—Llevé allí una botella de champaña. La pidió el señor Green.

—¿Estaba solo?

—Sí, señor.

—Muy bien, hablaremos con el campeón de tenis.

—Si ustedes me lo permiten, continuaré haciendo mis cuentas.

—No, Paul. No te lo permitimos. Vendrás con nosotros.

—Pero yo...

—Sin rechistar, Paul.

—Sí, señor.

Emprendieron la marcha, Paul iba delante y a continuación los jóvenes.

El vestíbulo estaba desierto, envuelto en la penumbra.

—¿Quieren que les anuncie? —dijo Paul.

—No, abre la puerta y pasa dentro sin decir una sola palabra.

Paul abrió la puerta y los tres entraron en la biblioteca.

Lawrence Green no estaba solo. Le hacía compañía James Grogan, el tahúr.

Los dos interrumpieron el diálogo, y al ver a las personas que entraban en la biblioteca, hicieron gestos de sorpresa.

—Buenas noches, queridos primos —dijo Kitty, con voz no exenta de ironía.

El primero en reaccionar fue James Grogan.

—Diablos, Kitty, qué sorpresa... Tu marido nos anunció hace un rato que te habías escapado del hospital. ¿Sabes que te sienta muy bien ese traje de enfermera? Dan ganas a uno de ponerse malo.

—Quizá te encuentres enfermo dentro de unos momentos.

—Estupendo, si me prometes no apartarte de mi lado. —Grogan sonrió abiertamente y entonces dedicó su atención al desconocido que tenía la pistola en la mano—. Eh, oiga, ¿quiere hacer el favor de apuntar hacia otro lado?

—Apunta justo en la dirección que yo quiero: hacia usted, Grogan.

—¿Qué es esto? ¿Un asalto?

—Kitty y yo sólo hemos venido en visita de cortesía.

—Entonces han llegado a tiempo. Lawrence acaba de abrir una botella de champaña. —Hablaemos primero y beberemos después.

—¿Cuál es el tema? ¿Política internacional? Si es así, le diré que no tengo formado ningún punto de vista. Pero le puedo hablar durante las próximas doce horas acerca de hipódromos o póquer.

—No, Grogan. El tema es «Kitty».

—¿Kitty?

—No se haga de nuevas. Se la han jugado a esta chica y ahora todos ustedes van a echar marcha atrás.

—No le entiendo.

Drake dio unos pasos sobre Grogan, y de pronto disparó la zurda.

A pesar de que Grogan trató de burlar el golpe, el puño de Drake le alcanzó porque llevaba demasiada velocidad. Dio dos vueltas vertiginosas sobre sí mismo y se desplomó en un sillón, rebotando al suelo. Allí quedó conmocionado.

—Eso le demostrará que no bromeo. —Alzó los ojos deteniéndolos en Lawrence, el cual tenía los ojos desencajados—. ¿Me va a ayudar usted?

—No sé nada.

Drake echó a andar hacia él y Lawrence retrocedió cada vez más asustado.

—No debe golpearme... La violencia no sirve para nada.

—Le voy a arrugar la nariz, Lawrence, y discúlpeme si no lo hago con mucha delicadeza. Después dirá si le sirve.

El ex campeón de tenis puso las manos por delante. Estaba claro que era un cobarde, y por nada del mundo estaba dispuesto a consentir que alguien le estropease su bonita cara.

—Espere, amigo.

—No puedo esperar. Tenemos prisa.

Lawrence dejó de retroceder porque había llegado a la pared. Fue a saltar hacia la derecha, pero Drake le cerró el paso.

—No... ¡No me pegue! ¡Se lo diré todo!

—¿Por qué se casó Spencer Clifford con Kitty?

—Para arrebatarse la herencia.

Kitty abrió la boca.

—¿Qué dices, Lawrence? ¿Mi herencia? Yo no tengo ni un centavo.

—Tienes doce millones de dólares.

—Este hombre está loco. No sabe lo que dice, Drake —dijo Kitty.

—Aclare eso, Lawrence —repuso Drake.

Lawrence tragó saliva como si se le hubiese hecho un gran nudo en la garganta.

—Kitty, tú eres la heredera de Jonathan Clifford.

—¿Yo?

—Así se establece en el testamento, que se abrió al cumplirse un año del fallecimiento de Jonathan Clifford. Fue su voluntad que durante un año no supiésemos nada acerca de la herencia. Mientras tanto, nos dejó dinero para ir viviendo.

—Eso es muy interesante —repuso Drake—. ¿Por qué Jonathan Clifford dejó heredera a Kitty?

—Existe una razón muy importante para ello, Kitty. Tú eres la hija de Jonathan Clifford.

Kitty se quedó con la boca abierta.

—¿Qué estás diciendo, Lawrence?

—Que tú eres la hija de Jonathan Clifford.

—Debería ser yo ahora quien te rompiese la cabeza. Yo tuve padre y madre.

—El hombre que conociste como tu padre, no lo era realmente.

—¡Oh, no! Eso no es posible...

—Tu madre, Mary Stugart, tuvo relaciones íntimas con Jonathan Clifford, antes de que ella se casase con Beltrand Sader. Ella se encontraba en estado, iba a tener un niño de Jonathan, y decidió casarse con su pretendiente, Beltrand Sader. A los siete meses de ese matrimonio naciste tú.

Kitty se pasó una mano por la cabeza.

—Mi padre murió cuando yo tenía tres años, y pocos meses más tarde murió mi madre.

—Por eso no supiste nada, Kitty —dijo Lawrence—. Pero Jonathan Clifford no te olvidó cuando iba a morir.

—Suponiendo que esa historia sea cierta, ¿por qué me dejó el dinero a mí?

—Estaba cansado de todos nosotros. Según él, éramos unos vagos que sólo esperábamos que muriese para repartimos el asado. Por eso se vengó en su testamento. Nos dejó veinte mil dólares a cada uno. El resto para ti. En realidad, tienes toda su fortuna. Cuando el testamento fue leído, Spencer Clifford pareció volverse loco. Tía Norma y Alice juraron que impugnarían el testamento,

pero nuestro abogado, el señor Bates, dijo que el testamento no podía ser impugnado, ya que Jonathan Clifford reconocía como hija a Kitty. Fue entonces cuando a Spencer se le ocurrió la idea. El buscaría a Kitty y se casaría con ella. Después prescindiría de ti y de esa forma sería dueño de los doce millones. Luego, la fortuna sería repartida a partes iguales entre todos los miembros de la familia. Spencer contrató a una agencia de detectives privados y por fin supo que estabas en Nueva York. A partir de entonces, resultó fácil a los detectives seguir tus pasos. Supieron que querías ser actriz y que ibas de una agencia teatral a otra. Lo demás lo puedes suponer. Clifford montó su comedia con la colaboración de Gorman, aunque el agente artístico no sabía en realidad para qué te necesitaba Clifford.

—Comprendo. Si me hubiese marchado de la agencia ayer, cuando no me quisieron dar el papel de Julieta, me habrían hecho llamar.

—Sí, habría bastado que llegases al corredor para que el señor Gorman fuese tras de ti.

—¿Por qué Clifford me hizo pasar por loca si podía terminar antes matándome?

—Eso podía ser un obstáculo. Habría intervenido la policía y se habría sabido lo de la herencia, lo de su boda... No, no le convenía a Spencer, ni a la familia. El complot había adquirido vastas proporciones, ya que naturalmente también intervenía el abogado. No costaba nada hacer sitio a otro hombre, al doctor Holmes... No hacía falta que Holmes te asesinase. Con sólo demostrar tu perturbación mental, Spencer tendría la fortuna en sus manos. Eso fue lo que se pretendió, aunque más tarde pensaban matarte para evitar conflictos. Habría resultado fácil en la clínica. Una simple inyección... ¡y fuera!

—Canalla... —El hombre que acababa de hablar era James Grogan. Se había puesto en pie, pero todavía se tambaleaba—. Te voy a destrozar con, mis manos, maldito cobarde. —Usted se estará quietecito, Grogan, si no quiere que lo envíe otra vez al limbo— dijo Ford, apuntándole con el arma.

James Grogan se echó a reír.

—Así que ya lo saben... Lawrence se lo sopló.

—Sí, Kitty y yo pasamos un rato muy divertido escuchando la

fábula. Y estoy seguro de que también se divertirán ciertos señores.

—¿Se refiere a la policía?

—Sí, Grogan.

—No sea estúpido. La policía no creerá nada.

—Es lo que pensábamos antes Kitty y yo, pero ahora han cambiado las cosas.

—¿En qué sentido han cambiado?

—Sin conocer la verdadera historia, no teníamos ninguna prueba de la razón que tenía Spencer para casarse con Kitty y meterla en un hospital de locos. Pero ahora el testamento de Jonathan Clifford es una prueba definitiva. Anda, Kitty, atrapa el teléfono y llama a la policía.

La joven caminó hacia la mesa y descolgó el receptor.

En ese momento se oyó una voz desde la puerta:

—No se vuelva, Ford. Le estoy apuntando con una pistola.

Kitty lanzó un grito.

—¡Spencer!

Spencer Clifford avanzó desde la puerta con un arma en la diestra.

Drake había empezado a girar, pero se detuvo al oír la amenaza que le dirigían.

Grogan se acercó rápidamente a él y le quitó la pistola. Luego le descargó un puñetazo en la cara.

Ford se tambaleó, pero no llegó a caer porque encontró en su camino un sillón.

—Paul, ¿quieres volver a la cocina? —dijo Spencer al mayordomo—. Ya sabes que un criado no debe oír las conversaciones de su señor.

—Desde luego, señor Clifford.

Casi al momento entraron Alice, Norma e Hilda. Las tres mujeres quedaron asombradas al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Ford se masajeó el mentón, y dijo con una sonrisa:

—Celebro mucho conocer a toda la familia Clifford.

—Todavía no está toda —dijo Duke Grogan, entrando en la biblioteca.

—Cierre la puerta, amigo, no vaya a ser que se cuele el perro.

—Es usted muy chistoso, señor Ford.

—De modo que visitó a Gorman y él le explicó mi incorporación

al reparto de esta comedia frívola.

—¿Es eso lo que le parece, señor Ford? ¿Una comedia frívola?

—¿Qué otra cosa se puede decir de un grupo de payasos?

Grogan fue a lanzarse sobre Drake, pero Spencer le detuvo con un gesto.

—No, Grogan. No le pegues.

—¿Por qué no? El me pegó a mí.

—Ya arreglaremos cuentas luego.

Drake sacudió la cabeza.

—Oiga, Spencer, le creo a usted un poco inteligente.

—Gracias, es usted muy amable.

—Lo probó al montar este tinglado y debo reconocer que se encontraba con muchas complicaciones. Pero ahora debe ser sensato.

—Lo voy a ser.

—Sólo puede demostrarlo de una forma. Dejando que Kitty y yo salgamos de esta casa.

—No sea ingenuo, señor Ford. Ustedes no saldrán de esta casa, al menos por su propio pie. Y eso quiere decir tan sólo una cosa: que muy pronto estarán muertos.

CAPÍTULO XI

Kitty dio unos pasos hacia Spencer.

—No estarás hablando en serio.

—Sí, cariño. Muy en serio.

—No tienes derecho a matarme. Soy tu esposa.

—Las mujeres siempre tienen una gran falta de lógica. ¿Por qué no echas una mirada a la página de sucesos? Te sorprendería ver que es muy frecuente entre los maridos la idea del asesinato de su mujer.

—Eres un inmoral.

—Nena, en esta vida hay que serio.

—¿Te vas a convertir en un asesino?

—No voy a ser yo solo. Será cosa de toda la familia.

—¡Yo no quiero matar a nadie!

El que había gritado era Lawrence Green.

Spencer le dirigió una fría mirada.

—¿Qué te pasa, Law?

—Debe haber otra fórmula para hacernos con el dinero.

—¿De veras? ¿Cuál se te ocurre, Law?

—Que ella renuncie a la herencia. Después de todo, acaba de confesar que siempre creyó a Beltrand Sader como su padre.

—Eres un estúpido, Law. ¿Qué va a decir ella por salvar la vida? Naturalmente, estará dispuesta a admitir que su padre fue Beltrand Sader y no el abuelo, pero apenas saliese de aquí, nos echaría los policías encima. No podemos dejarla en libertad. Hay una sola forma de arreglarlo, y es eliminándola.

—Propongo que votemos —dijo Law.

—Muy bien —sonrió de nuevo Spencer—. Votaremos. Los que estén por la muerte de Kitty, que levanten la mano.

Tía Norma, Alice, los hermanos Grogan y su padre James levantaron la mano.

—Bueno, Law —dijo Spencer—. No hace falta que prosigamos la votación. Ya la perdiste.

—Sí, creo que sí.

—Ahora necesito saber si estás a favor o en contra de la familia.

—Naturalmente, estoy a favor.

—Lo estás para recoger parte en la herencia, ¿verdad, Law? Pero llegaría un momento en que tu conciencia no le dejaría vivir. Sí, un día soltarías la historia a cualquiera, un día en que estuvieses borracho, lo cual es bastante frecuente en ti.

—No, Spencer. ¡No diré nada!

—Es mejor que sea así o seguirás la misma suerte que Kitty.

—Quiero decir algo —intervino Drake Ford.

—Muy bien, se le concede el uso de la palabra, entrometido. ¿Quiere alegar algo contra la sentencia que ya fue dictada?

Ford dirigió una mirada a los otros miembros de la familia.

—Kitty fue recluida en un hospital de enfermos mentales, pero se equivocaron de miembro de la familia. Debió ser encerrado Spencer. El es el único loco de todos ustedes. Y no deben seguir ni un minuto más a sus órdenes. Espero que se hagan cargo de lo que él les está proponiendo. Van a cometer un doble asesinato. ¿Se cruzarán de brazos? ¿Consentirán eso?

—Bravo, Ford, usted ha hecho una buena defensa por salvar su piel y la de Kitty. Pero, como juez, rechazo su objeción.

—No me he dirigido al juez, sino al jurado.

—Bonita comparación, señor Ford, pero el jurado también objeta sus palabras.

—¿Por qué no deja que sean ellos quienes lo digan?

—Muy bien. Continuaremos, señor Ford. Recurriré al presidente del jurado. —Hizo una pausa—. Norma..., ¿quieres hablar tú en nombre de tus compañeros?

—Lo haré con mucho gusto.

Norma miró a Ford y luego depositó sus ojos en Kitty. La joven recordó lo que había dicho Hilda. Sí, los ojos de Norma parecían los de una gata.

—Tienes razón, Spencer. Ellos no pueden continuar vivos.

—Gracias, Norma, has sido muy gentil al hablar en nombre de la

familia.

Kitty estaba llena de ira.

—Muy bien, ya podéis matarnos. A mí, al menos, me haréis un favor. Siento una gran vergüenza al pensar que por mis venas corre la misma sangre que por las vuestras. No sois seres humanos, sino animales feroces.

Drake intervino otra vez:

—Al parecer, creen que un doble asesinato resulta fácil.

—Lo será —dijo Spencer.

—No trate de engañarlos. Admito que a usted le resultará fácil matarnos aquí fríamente. Pero ¿y luego? ¿Cómo se van a deshacer de nuestros cadáveres? ¿Cómo explicarán nuestra desaparición?

—Usted se equivoca en mucho, señor Ford.

—¿La idea es otra?

—Muy distinta.

—¿Dónde están las diferencias?

—En primer lugar, no los voy a matar con esta pistola, a menos que usted intente algo.

—Spencer sonrió, satisfecho. —No, amigos, van a encontrar la muerte de otra forma.

—¿Cómo?

—Mi mujer está loca.

—Todos sabemos que eso no es cierto.

—Está loca para el resto del mundo. Di orden al doctor Holmes de que denunciase a la policía la fuga de uno de sus pacientes.

—¿Y qué espera conseguir con eso?

—No me decepcione, señor Ford. ¿Todavía no se imagina lo demás?

—No. Soy un hombre muy torpe.

—Está bien, se lo explicaré con todos los detalles para que vea que no he dejado ningún resquicio. Pero antes quisiera beber una copa de champaña...

James se dirigió hacia la mesa y escanció en una copa que luego entregó a Spencer.

Después de beber, Spencer devolvió la copa a Grogan y dijo:

—Su muerte será accidental... Sí, señor Ford. Van a tener la desgracia de que el destino les haya marcado para que sufran un accidente de tráfico.

—¿Qué clase de accidente?

—Usted tiene un automóvil, señor Ford, lo vi fuera al llegar. Es muy bonito, modelo de este año... Estoy seguro de que su auto puede correr mucho. Hoy en día es un deseo común a todos los hombres correr muy aprisa, con la mayor velocidad que les sea posible.

—Ya voy entendiendo. Nos meterá a Kitty y a mí en un coche, nos llevará a cualquier lugar de las cercanías de Nueva York y arrojará mi auto por una sima.

—Vaya, por fin dio con la solución.

—Los policías no siempre están dispuestos a admitir un accidente, hacen sus investigaciones y muchas veces descubren que el tal accidente es un asesinato.

—En este caso no descubrirán nada, porque todo será lógico. Mi mujercita es una enferma mental, huyó de la clínica, después de dejar sin sentido a una enfermera y de ponerse el uniforme de ella. Lo encontró a usted abajo en el vestíbulo, señor Ford, y Kitty le engañó para que le facilitase la fuga.

—No me engañó. Fui yo con ella por mi voluntad.

—Pero ¿quién puede asegurar eso? Hay un testigo presencial que dirá lo contrario, un enfermero llamado Joe. Mi mujer le mintió a usted diciéndole que Joe trataba de abusar de ella. Usted, como buen caballero, salió en defensa de Kitty y golpeó al enfermero dejándole sin sentido. Han estado corriendo por ahí hasta que Kitty se informó de que la policía la buscaba. Le propuso a usted huir o le obligó. Eso ya es cuestión de la policía.

Después de todo, usted es un sinvergüenza y se quiso aprovechar de ella.

—Spencer, es usted un puerco.

—No se excite, señor Ford. Recuerde que me pidió le contase cómo he arreglado el fin de sus vidas y ya estamos llegando a ese final.

—No hace falta que diga el resto.

—Entonces, nos pondremos en camino enseguida.

—¿Quién le acompañará para hacer la ejecución? —James Grogan.

—Eh, yo también quiero ir —intervino Duke.

—No, tú te quedas.

—¿Por qué? Yo también tengo derecho a asistir al espectáculo.

—Soy yo quien decide, Duke.

—Te lo has creído demasiado, Spencer. Parece que no te das cuenta de que esto lo estamos haciendo todos.

—Pero fue a mí a quien se le ocurrió, quien organizó todo el plan y el que se dispone a llevarlo a cabo hasta el fin. Tú te quedas con las mujeres.

Drake había dirigido una mirada a Kitty. Ahora saltó sobre Spencer.

La joven había captado su mensaje y también se arrojó sobre Grogan, que tenía la otra pistola.

Spencer estaba mirando a Duke, y para cuando fue a disparar, el puño de Drake se estrelló contra su nariz.

Hizo fuego, pero la bala chocó contra el techo, porque ya se estaba desplomando.

Luego, Drake le pegó un puntapié y la pistola saltó por el aire.

Kitty y Grogan habían caído al suelo.

El tahúr intentó golpearla con la pistola, pero Kitty le arañó la cara con las uñas.

Grogan lanzó un chillido y sintió el impulso de hacer fuego. Pero Drake se estaba moviendo muy aprisa y, valiéndose otra vez de la pierna, le pegó un puntapié en el brazo.

La segunda pistola también cayó al suelo.

Duke corría hacia la primera arma. Ya la tenía en la mano.

Drake se agachó y atrapó la pistola de Grogan.

—¡Deja eso, Duke!

Pero Duke ya se disponía a disparar.

Se produjo un estampido.

Duke recibió un balazo en el hombro. Dio una vuelta sobre sí mismo y se desplomó en el suelo, abandonando el arma.

—Alcanza esa pistola, Kitty —dijo el inventor de la nueva caña de pescar.

La joven así lo hizo.

Todo ocurrió tan aprisa que las tres mujeres y Lawrence no habían tenido oportunidad de intervenir.

—Kitty, apúntales con la pistola —dijo Drake—. Yo seré ahora quien me ocupe de llamar a la policía.

Lawrence se dejó caer en un sillón.

—Maldita sea, siempre dije que este plan era obra de un loco.

Drake estaba marcando el número y asintió con la cabeza.

—Sí, Lawrence. Sólo a un tipo desequilibrado y a otros que estuviesen como él podía ocurrírseles asesinar a dos personas para heredar al abuelo.

* * *

Kitty y Drake salieron del puesto de Policía acompañados por el teniente Douglas Grayson.

—¿Qué harán con ellos, teniente? —preguntó Kitty.

—Estuve hablando con el fiscal y está dispuesto a acusar a Spencer Clifford y a los otros miembros de la familia, de conspiración para asesinar. Tendremos buenos testigos: el agente artístico Gorman, el actor Ritter, Paul, el mayordomo, y el propio Lawrence, un miembro de la familia, están dispuestos a corroborar las partes en que intervinieron. Ya pueden estar seguros de que, unos más, otros menos, tendrán que sufrir condena.

—Gracias por todo, teniente —dijo Kitty.

La joven y Drake cambiaron un apretón de manos con Douglas, y echaron a andar hacia el auto de Drake, estacionado un poco más arriba.

Una vez en el asiento delantero, la joven suspiró.

—Se acabó la pesadilla.

Drake se echó a reír.

—¿De qué te ríes, Drake?

—De la experiencia por la que acabas de pasar. Te casaste con un primo al que no conocías, te hicieron pasar por loca, te libraste de ellos, pero sigues estando casada con Spencer, el hombre que te quería asesinar.

—Pediré el divorcio enseguida.

—Con la publicidad que se va a dar al asunto, te convertirás en la mujer más apetecible del país. Una linda divorciada con doce millones de dólares como fortuna personal.

—No está mal, ¿verdad? —sonrió Kitty.

—Bueno, ahora que hemos puesto la palabra fin a la aventura, espero que me dejes marchar de una vez a Chicago.

—Oh, desde luego. Siento haber demorado tu regreso, pero

antes quisiera que me dejases en mi casa.

—¿Dónde es?

—Calle 62 Este, 4273.

Drake puso en marcha el automóvil.

Cuando llegaron a su destino, Kitty no se movió del asiento.

—Apuesto a que tienes hambre. Hemos estado mucho tiempo en la Comisaría.

—La verdad es que me comería una res.

—Sube a mi apartamento y te prepararé cena.

—Se me hará demasiado tarde.

—Sólo será cuestión de media hora.

—Está bien.

Cuando entraron en el apartamento, la joven dijo:

—Antes que nada, voy a quitarme este traje de enfermera. Ya estoy cansada de él.

Drake emitió un gruñido y se sentó en un sillón.

La joven desapareció por una puerta y al cabo de un rato regresó cubriéndose con un batín. Dirigió una sonrisa a Drake y entró en la cocina.

Drake Ford encendió un cigarrillo y fumó pensativo.

De pronto, se puso en pie y entró en la cocina. Kitty estaba junto al fogón.

Drake tiró el cigarrillo a un lado, llegó ante la joven, la hizo girar bruscamente, la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca.

Ella, aturdida, le miró parpadeante cuando Drake dejó de besarla.

—Drake, ¿me quieres decir qué significa esto?

—Lo habría hecho lo mismo sin los doce millones.

—Continúas sin contestar a mi pregunta.

—Kitty, me he enamorado de ti. Al resto del mundo le parecerá absurdo que eso pueda ocurrir en tan pocas horas que llevamos juntos, pero la verdad es que hemos vivido tan intensamente como si hubiesen pasado un par de años.

—Drake, no sé qué decirte...

—Pues di algo.

—Me has dejado aturdida. El la besó otra vez.

—Continúa aturdida, Kitty.

—Pero, Drake, dijiste que no ibas a picar el anzuelo, que estabas

muy lejos de casarte.

—Y no me casaré contigo hasta tanto no haya impuesto mi invento.

—¿Cuánto dinero se necesita para hacer una propaganda rápida?

Drake se echó a reír.

—Kitty, eres maravillosa.

—Oh —dijo ella—. No podemos casarnos enseguida. En este momento soy una mujer casada.

La besó por tercera vez.

—Pero acuérdate. Te lo dijo tu propio marido. Tú solo eres una esposa de «pega».

La joven dio un suspiro, encogió los hombros y echó los brazos al cuello de Drake. Entonces, los dos colaboraron en el beso.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).